

# LA HISTORIOGRAFÍA NORTEAMERICANA ANTE LA DIMENSIÓN RIENTAL DE LA GUERRA HISPANO-NORTEAMERICANA DE 1898

M<sup>a</sup> DOLORES ELIZALDE PÉREZ-GRUESO

*Dpto. de H<sup>a</sup> Moderna y Contemporánea  
Centro de Estudios Históricos, CSIC<sup>1</sup>*

(Abstract)

The North-American historiography has paid an special attention to the Spanish-American War of 1898. It has been considered as a key moment in the foreign policy of the United States. The conflict with Spain represented a change in the international policy developed until then, the begining of the American participation in the world policy, the decisive impulse to the overseas expansion, the confirmation of the interests of the United States in the Caribbean and the Far East.

The present articles reviews the debate raised in the North-American historiography. It sets the different interpretations in their historical frame; and it fucuss its attention on a set of questions: the actions of President McKinley during the Spanish-American War; the reasons for the overseas expansion of the United States; the influence of diffrent groups over this process; the acquisition of the Philíppine Islands; the anexation of Hawaii; the American interests in China.

.....

## ***1. LAS FILIPINAS, ¿OBJETIVO BÉLICO PARA ESTADOS UNIDOS EN 1898? UN DEBATE ABIERTO EN LA HISTORIOGRAFÍA NORTEAMERICANA.***

La historiografía norteamericana ha dedicado una atención preferente a la guerra librada contra España en 1898, en tanto que la ha considerado un momento clave en la política exterior de los Estados Unidos. El conflicto hispano-norteamericano representó un giro en las directrices internacionales seguidas hasta entonces por los gobiernos americanos. Supuso el inicio de la participación en la política mundial, el decidido impulso hacia el exterior, el comienzo de la expansión ultramarina, la reafirmación de la implicación norteamericana en el área caribeña y latinoamericana y, especialmente, el interés por el Pacífico y el Extremo Oriente. Sin embargo, a pesar de constituir una de las cuestiones fundamentales en el análisis de la política exterior norteamericana, capítulo obligado en todos los libros dedicados al tema, no ha habido unanimidad en las interpretaciones. Los historiadores norteamericanos se han planteado las razones de la intervención armada contra España en 1898. Han debatido

---

1. La investigación que ha servido de base para este artículo se encuadra en el proyecto PS-91/0003 "El contexto internacional del 98 español," financiado por la DGICYT y desarrollado por un equipo de investigadores del Dpto. de Historia Moderna y Contemporánea del Centro de Estudios Históricos del CSIC.

el papel desempeñado en el conflicto por el Presidente McKinley, por su Gobierno y por destacados miembros de su Administración. Han analizado los sectores de la sociedad que apoyaron la guerra, así como los diferentes grupos con intereses en el conflicto. Han reflexionado sobre la polémica suscitada por el enfrentamiento con España en torno al expansionismo-antiexpansionismo y a la consecuente anexión de territorios extracontinentales. Y han discutido los objetivos de la guerra, los ámbitos a los que afectó, cuestionándose si verdaderamente el conflicto se libró por Cuba y el área antillana, o si, por el contrario, desde el principio existió una intención paralela de hacerse con territorios en el Pacífico, y por tanto la guerra tuvo una premeditada dimensión oriental que condujo a la anexión de las Filipinas. Las respuestas a estos problemas han sido, y siguen siendo, muy distintas, por lo que la cuestión sigue abierta al juicio del historiador.

## 2. LAS JUSTIFICACIONES DE LA ANEXIÓN

En los años inmediatos a la guerra hispano-norteamericana, cuando las Filipinas eran todavía parte de Estados Unidos, la historiografía americana se ocupó sobre todo de justificar la decisión de anexionar estas islas a la Unión y de resaltar la gran importancia que tuvieron dichos archipiélagos para Norteamérica por los más variados motivos, destacando especialmente los políticos, los estratégicos, los navales, los económicos y los humanitarios. Los protagonistas de aquella decisión, los que influyeron para que se actuara en tal sentido, escribieron artículos e informes, pronunciaron discursos y conferencias, avalando el acierto de la política seguida en Oriente y subrayando la oportunidad única que se le presentó al Gobierno de McKinley con la victoria de Manila, que de ningún modo pudo ni quiso desaprovechar. Valgan como muestra de estas posiciones los siguientes discursos del Presidente McKinley y de uno de los miembros de la Comisión que firmó la Paz de París entre España y Estados Unidos, Whitelaw Reid:

Sería cobarde y pusilánime por nuestra parte devolver las islas a España, concediéndoles de nuevo el poder de malgobernar a los nativos que han contribuido a mantener la posición de Dewey. Seríamos igualmente desconsiderados al solicitar a Gran Bretaña que tomara y ocupara las islas—lo cual provocaría un gran escándalo—y nunca debemos permitir que aquellas tres amenazadoras naciones que privaron a Japón de los frutos de su victoria sobre China [Rusia, Alemania, y Francia, en 1895] jueguen en nuestra contra. Hay un único y lógico camino. España se ha mostrado incapaz de gobernar sus colonias, y éstas, que se han convertido en posesiones nuestras como resultado de una guerra, han de permanecer con nosotros, si queremos cumplir con nuestras obligaciones. Si no las queremos convertir en Estados, debemos retenerlas como protectorados hasta que sean capaces de autogobernarse,

dándoles los beneficios de una civilización cristiana que ha alcanzado su más alto desarrollo bajo nuestras instituciones republicanas.<sup>2</sup>

. . . No one of you has ever been heard to find fault with an agent [the Navy and the Army] because in making a difficult settlement he got all you wanted, and a free option on something further that everybody else wanted! Do you know of any other civilized nation of the first or even of the second class that wouldn't jump at that option on the Philippines? Ask Russia. Ask Germany. Ask Japan. Ask England or France. Ask little Belgium! And yet what one of them, unless it be Japan, has any conceivable interest in the Philippines to be compared with that of the mighty Republic which now commands the one side of the Pacific, and, unless this American generation is blinder to opportunity than any of its predecessors, will soon command the other? . . . Would you have had them throw away a magnificent foothold for the trade of the farther East, which the fortune of war had placed in your hands; throw away a whole archipelago of boundless possibilities, economic and strategic; throw away this opportunity of centuries for your country? . . . The Pacific Ocean, on the contrary, is in our hands now. Practically we own more than half the coast on this side, dominate the rest and have midway stations in the Sandwich and Aleutian Islands. To extend now the authority of the United States over the great Philippine archipelago is to fence in the China Sea and secure an almost equally commanding position on the other side of the Pacific—doubling our control of it and of the fabulous trade the Twentieth Century will see it bear. Rightly used it enables the United States to convert the Pacific Ocean almost into an American Lake . . .<sup>3</sup>

He [McKinley] will be known in our history . . . as the President who has carried that flag halfway round the world and opened the road for the trade of the Nation to follow it. All this came from simply doing his duty, from day to day, as the duty was forced upon him . . .<sup>4</sup>

En este mismo sentido, se ha dicho también que fueron decisivas las actuaciones de los que se llamó *los jóvenes expansionistas*, ardientes partidarios de la

---

2. Ver la "Declaración en el Congreso" el 11 de abril de 1898, y las "Instrucciones a la Comisión de Paz" el 16 de septiembre de 1898 de William McKinley; ver también la *Correspondencia entre McKinley y Spencer Borden* citada por David Trask en *The War with Spain*, 429; y también el trabajo de Charles S. Olcott.

3. Ver el discurso "Purport of the Treaty" de Whitelaw Reid, miembro de la Comisión de Paz de París.

4. Ver el discurso "The Duties of Peace," de Whitelaw Reid.

proyección exterior de los Estados Unidos sobre lo que consideraban sus áreas naturales de influencia: América del Sur, el Caribe y el Pacífico hasta llegar al Extremo Oriente. Si la Gran República Norteamericana quería ocupar el lugar que le correspondía en la escena internacional, no tenía otro remedio que iniciar una política que hiciera crecer su influencia y su economía a nivel mundial—lo cual implicaba potenciar su industria y su marina—hasta situarse entre los más grandes. Las convicciones de este grupo de expansionistas tuvieron gran ascendencia tanto sobre McKinley y su Gobierno como sobre diversos órganos de opinión, desde el Congreso a los medios de comunicación, a través de los cuales fueron creando un clima favorable a la expansión en toda la nación. Entre los representantes más destacados de esta tendencia estaban el capitán Alfred Mahan, el ayudante del Secretario de la Marina norteamericana, Theodore Roosevelt, el senador republicano Henry Cabot Lodge, o determinados "hombres de negocios."<sup>5</sup>

Mahan fue uno de los máximos exponentes del pensamiento expansionista americano. Sus libros y escritos subrayaban que para fortalecer la posición internacional de una nación era fundamental desarrollar su industria y su comercio, para lo cual se necesitaba construir una marina poderosa y conseguir bases navales, condiciones ambas indispensables para proteger mercados, comunicaciones y acciones exteriores. Aplicando esta teoría general a los Estados Unidos, Mahan señalaba que para el crecimiento y desarrollo de éstos, era necesario controlar el Caribe, abrir un canal transoceánico, y aprobar la anexión de Hawai, como primeros pasos en la expansión económica hacia Latinoamérica y hacia Asia. En este proceso, Mahan establecía una clara conexión entre el Caribe y el vasto mercado chino—vía Cuba, Puerto Rico, el Istmo, Hawai, Samoa, Wake, Guam y las Filipinas. Es fácil deducir lo que implicaría la aplicación de estas teorías en el caso de una guerra hispano-norteamericana (*The Influence of Sea Power Upon History*).

Dentro de los medios cercanos al poder, Lodge y Roosevelt fueron los más firmes defensores de lo que se llamó la *large policy*, que promulgaba la expansión en razón del interés nacional. Ambos deseaban que los Estados Unidos se convirtieran en el líder del Hemisferio Occidental, por lo cual apoyaron las medidas sugeridas por Mahan para conseguir tal fin. En este sentido, poco después del comienzo de la guerra Lodge expresaba en una carta dirigida a Roosevelt su convicción de que McKinley y su Administración avanzaban en la dirección que ambos deseaban, esto es, en la de utilizar la intervención en Cuba como un primer paso para la expansión hacia el Extremo Oriente, que se consolidaría a través de la adquisición de las posesiones españolas en el Pacífico. De la misma manera, tres días después de la batalla de Manila, Lodge escribía a Henry White que por fin Estados Unidos había tomado el otro lado del Pacífico, resaltando el valor que este hecho tenía para la nación. De

---

5. Hay numerosas obras que inciden en este tema, pero una de las más interesantes es la de William Braisted.

ningún modo debían dejar que las islas se les fueran, debían ser suyas en el tratado de paz.<sup>6</sup>

Gran parte de los círculos de negocios del fin de siglo americano contribuyeron también a definir la *large policy*, incluso antes de la victoria de Dewey. En 1898 estaban preparados y determinados a introducirse en mercados exteriores, y en especial, a mantener abierto el comercio con China. Para ello consideraban fundamental ocupar las Filipinas como base desde la que penetrar en los mercados orientales. Así lo demostraron en numerosas declaraciones. El 5 de noviembre de 1897 Francis B. Loomis, portavoz de uno de estos grupos, escribió una carta confidencial a William R. Day, Ayudante del Secretario de Estado:

Permítame decirle como conclusión, que yo mandaría un agregado comercial al Oriente para operar en China y Japón. Ésa es la dirección hacia la cual se van a mover los grandes mercados del futuro inmediato. Esta administración puede crear una poderosa impresión y ganar mucho prestigio entre el mundo de los negocios impulsando y explotando la idea del mercado con Oriente.

El 3 de febrero de 1898, la *New York State Chamber of Commerce* envió un memorial al presidente McKinley urgiendo al Gobierno a prestar atención a las oportunidades que ofrecía el comercio con China, y a cómo esta cuestión podía verse amenazada por los intentos de las potencias europeas de repartirse áreas de influencia monopolistas, que dejarían fuera de este mercado a los Estados Unidos. El Secretario de Estado, John Sherman, contestó a A. E. Orr, Presidente de la Cámara de Comercio, en los siguientes términos, que no permiten dudar de la sensibilidad del Gobierno ante esta cuestión:

Este Gobierno ha sido el primero en abrir los puertos de China al comercio extranjero, y las relaciones comerciales entre China y los Estados Unidos han sido de larga y creciente importancia durante los cuarenta años en los que los tratados con el Imperio han tenido efecto. Este Departamento necesariamente siente un profundo interés en conservar y expandir el volumen del comercio con aquella nación. Por ello, tengo el placer de asegurar a la Cámara de Comercio de Nueva York que el asunto será objeto de la más cuidadosa consideración.<sup>7</sup>

---

6. Ver "The Large Policy of 1898", *Theodore Roosevelt and His Time*, Theodore Roosevelt. *A Biography*, y "Our Blundering Foreign Policy."

7. Memorial de la *New York State Chamber of Commerce* al presidente McKinley del 3 de febrero de 1898, y contestación del Secretario de Estado, John Sherman, a A. E. Orr, Presidente de la Cámara de Comercio. Citado en Foner 15.

Por su parte, Frederik Emory, Jefe de la Oficina de Comercio Extranjero del Departamento de Comercio de los Estados Unidos, en un artículo aparecido en el *World's Work* de enero de 1902 afirmaba:

. . . Lo que forzó a los Estados Unidos a tomar las armas contra España en Cuba fueron nuestras relaciones económicas con las Indias Occidentales y con las Repúblicas de América del Sur . . . La guerra hispano-norteamericana fue un incidente de un movimiento general de expansión que tenía sus raíces en una capacidad industrial por encima de nuestras posibilidades de consumo interno. Parecía necesario no sólo encontrar mercados extranjeros para nuestros productos, sino también poner los medios para acceder a los mercados extranjeros de forma fácil, rentable y segura. (Citado por Foner en *La guerra hispano-cubano-americana* 224)

### 3. LA GUERRA IMPERIALISTA

Junto a estas versiones más o menos oficialistas, en las dos primeras décadas del siglo surgieron nuevas teorías respecto a las Filipinas. Estas interpretaciones consideraron el conflicto hispano-norteamericano como una guerra imperialista originada por motivaciones estrictamente económicas. El grado de desarrollo alcanzado por el capitalismo americano y los excedentes de producción y de capitales que la economía interna era incapaz de absorber, pusieron de relevancia la necesidad de mercados exteriores y de nuevas áreas de inversión. Las miradas se dirigieron entonces hacia América del Sur, hacia el Caribe, y sobre todo, hacia el Extremo Oriente. En este contexto, la anexión de las Filipinas presentaba un indudable interés económico, al significar una base desde la que expandirse sobre los mercados orientales, y en especial el chino. En estos trabajos, la adquisición de aquellas islas no se contempló por tanto como el fruto de una casualidad bélica o el objeto de consideraciones humanitarias, sino como el resultado de una política perfectamente meditada y planificada por razones imperialistas.

Esta interpretación de la guerra como un conflicto imperialista causado por razones económicas es la defendida en clásicos ensayos por el economista británico Hobson y por el propio Lenin, y en artículos de destacados miembros u órganos de partidos socialistas de distintos países.<sup>8</sup> La misma línea fue continuada en Estados

---

8. Ver Hobson. En lo referente a artículos de inspiración socialista ver los citados por Foner en: "Why the United States went to war with Spain in 1898." Ver Young 1-20. Siguiendo una interpretación acorde con la escuela marxista en la que se engloba, recoge los trabajos de publicaciones socialistas que resaltaron la importancia de los factores económicos en la guerra hispano-norteamericana: "la guerra era necesaria por

Unidos por autores como Harold Faulkner, Harry Elmer Barnes, o Charles A. Beard, los cuales señalaron que la causa principal de la guerra con España debía cifrarse en el hecho de que en 1898 los Estados Unidos estaban suficientemente preparados para el imperialismo financiero, y que se hizo sobre todo para encontrar mercados y campos para la inversión. Entre estos mercados eran fundamentales los orientales, y de ahí la importancia del papel desarrollado por las Filipinas en el conflicto, puesto que se consideró que estas islas podrían representar para Estados Unidos la base que necesitaba para operar en el Extremo Oriente. Esta línea argumental respecto a la incidencia que las causas económicas tuvieron en la guerra, y en la decisión de intervenir en Cuba y de anexionar las Filipinas, ha sido una de las cuestiones más debatidas, que todavía hoy sigue siendo objeto de discordia.

#### 4. LAS NUEVAS INTERPRETACIONES DE LOS AÑOS TREINTA

En los años treinta aparecieron una serie de trabajos que cambiaron la línea de interpretación seguida hasta ese momento. Especial influencia tuvieron las obras de Julius W. Pratt: "The Large Policy of 1898" (1932), "American Business and the Spanish-American War" (1934), y *Expansionists of 1898: the Acquisition of Hawaii and the Spanish Islands* (1936). En ellas, y a través de un detallado estudio de publicaciones comerciales y financieras, Pratt defendió que por lo general el mundo de los negocios durante la década de los 90 se mantuvo indiferente a la filosofía expansionista que poco a poco se extendió por el país, y hasta los últimos meses de 1897 y comienzos de 1898 esta comunidad fue contraria a cualquier acción que condujera a una guerra contra España en Cuba o en Filipinas. Temía que una ofensiva bélica pudiera frenar la recuperación que se observaba en la economía americana tras la recesión de 1893, y perjudicar el despegue comercial que se estaba produciendo.

Sin embargo, Pratt subrayó en sus trabajos el rápido cambio de opinión que se produjo en los círculos económicos de enero a marzo de 1898, y muy especialmente a raíz de la victoria de Dewey en Manila. Varias circunstancias influyeron en ello. Por un lado, los inversores en Cuba se mostraron favorables a una intervención en la isla, dados los crecientes perjuicios que les estaba causando una situación de rebelión continua desde hacía tres años. Por otra parte, los grupos interesados en las exportaciones e importaciones con los mercados del Extremo Oriente lo que habían

---

las condiciones de la economía de los Estados Unidos," "la guerra era necesaria para proteger los intereses comerciales norteamericanos en Cuba," "la guerra era necesaria porque el capitalismo americano se encontró con la necesidad de expandirse y luchar por nuevos mercados," "no sólo querían los mercados de Cuba, sino sobre todo los del Extremo Oriente" (distintos artículos en *The People*, órgano oficial del partido socialista norteamericano, el *Socialist Labor Party*).

pedido hasta entonces era libertad de comercio en los territorios donde tenían intereses. Mientras ésta se respetó, no solicitaron nada más allá. Pero cuando sintieron amenazadas sus áreas de actuación, su actitud empezó a cambiar. Coincidiendo con las mismas fechas que antes hemos señalado, fines de 1897 y comienzos de 1898, los hombres de negocios americanos temieron que las potencias europeas se repartieran el mercado chino e impusieran barreras restrictivas a la entrada de productos americanos y a la compra de materias primas indispensables para sus industrias, por lo que comenzaron a movilizarse en favor de una penetración más contundente en el área, y a reclamar apoyo gubernamental para preservar y proteger sus intereses no sólo en aquél Imperio, sino también en Japón, Asia, y Oceanía. Pratt aclara que a la luz de estos acontecimientos se puede entender por qué la comunidad de negocios americana, que había sido en apariencia antibelicista y antiimperialista, se llenó de entusiasmo ante la victoria de Dewey en Manila. Con ella se disiparon los temores de una guerra larga y costosa que ralentizara la economía y se encontraron con una inesperada base que podría ser la llave hacia el comercio con Oriente. Rápidamente reclamaron al Gobierno la conservación de estas islas bajo bandera americana. No era el valor intrínseco de las Filipinas lo que les interesaba, puesto que éste era un tema que aún no se había considerado, sino sobre todo su posición frente a los mercados asiáticos. La insistencia en que las Filipinas debían ser retenidas fue una opinión casi unánimemente compartida por los distintos sectores económicos de las diferentes partes del país. No fue por tanto, concluye Pratt, la comunidad de los negocios la primera que defendió la necesidad de la expansión americana ni la responsable de una política belicista en Cuba ni en Extremo Oriente. Pero cuando la victoria de Dewey ofreció la oportunidad de tener una base desde la que defender sus intereses en China, precisamente en el momento en que éstos se veían más amenazados, rápidamente apoyaron la anexión de las posesiones españolas y comenzaron a calibrar las oportunidades que ofrecían al comercio, a la explotación, y a la inversión estas nuevas dependencias.<sup>9</sup>

---

9. A este respecto, Pratt cita varios artículos del *New York Journal of Commerce*. En uno se defendía la creación de un canal transoceánico, la adquisición de las Hawai, y el reforzamiento de la Marina. Las Filipinas debían ser retenidas a toda costa y utilizadas para defender los derechos americanos en China. A pesar de lo desconcertante que pudiera ser para las potencias europeas en el Extremo Oriente una presencia americana en Filipinas, debían defenderla como un factor en la protección de sus intereses en esa parte del mundo. Hasta el momento habían dejado que Gran Bretaña luchara sola la batalla para un mercado de puertas abiertas en China. Con la bandera americana flotando a 500 millas de Hong-Kong, debían ser capaces de prestar a dicha política algo más que un mero soporte moral en el futuro. Esto permitiría introducir también un nuevo elemento contra todo lo que Francia y Rusia parecían pretender en Asia. Devolver esas islas a España o pasárselas a Inglaterra o a cualquier otra potencia sería un acto de inconcebible locura dada la imperativa necesidad

En los trabajos de Pratt destaca también el riguroso análisis que hace sobre la incidencia de otros sectores en este proceso: la influencia de políticos e intelectuales tales como Mahan, Roosevelt, Henry Cabot Lodge o Henry Adams sobre McKinley y su Gobierno; las presiones de los grupos interesados en el tendido de cables y el control de comunicaciones en el Pacífico; las opiniones de las asociaciones religiosas que defendieron la gran labor que estaban haciendo estas comunidades en el Pacífico y solicitaron el respaldo del Gobierno para sus actividades. Respecto a este último tema, Pratt realizó un detenido análisis de la actitud de los círculos misioneros respecto a la adquisición de las posesiones españolas, a través de los órganos de expresión de las distintas iglesias. Y sus conclusiones al respecto son muy claras. Únicamente los cuáqueros y los miembros de la iglesia unitaria se opusieron a la expansión. Las demás organizaciones religiosas fueron firmes defensoras de la intervención en Cuba y en Filipinas por motivos humanitarios y religiosos, así como ardientes partidarias de retener estas islas como parte de la misión evangelizadora que los norteamericanos debían desarrollar en el mundo, señalando que sin duda la oportunidad y el camino para hacerlo habían sido inspirados, guiados y facilitados por el Señor. La posición de este sector fue siempre clara y rotunda, y su actitud ejerció una positiva influencia sobre McKinley, al respaldar con argumentos morales y religiosos los fines últimos de su política.

Al analizar la influencia posterior de las obras de Pratt en la historiografía americana, Marilyn B. Young ha subrayado que es significativo el uso que se ha hecho de estos estudios desde el momento de su aparición. Si bien Pratt fue rotundo al afirmar que los hombres de negocios fueron antiimperialistas hasta enero de 1898, fue igualmente enfático al afirmar que entre febrero y marzo de ese año tuvo lugar un cambio sustancial en la opinión, lo cual provocó que después de la batalla de Dewey los círculos de negocios americanos apoyaran la retención de las Filipinas y la expansión por los mercados orientales. Sin embargo, destaca Young, esta línea seguida

---

americana de bases navales y de fuerzas militares en aquella zona del Pacífico. "Podemos constituirnos en uno de los principales poderes en Oriente adquiriendo un status importante en Filipinas, o por contra, podemos resignarnos a ver cómo la puerta abierta en China se va cerrando gradualmente en nuestra cara" (*New York Journal of Commerce* 3, 4, 11 de mayo y 24 de agosto de 1898, Pratt, op. cit., 267-68). Otro medio de comunicación, *The American Banker*, escribía que el hecho de que la guerra con España hubiera llegado justo en el momento en que Europa estaba tratando de dividirse el mundo, era una feliz coincidencia que tenía un cierto aire providencial. Y el *Banker and Tradesman* veía también la mano de la Providencia al poner las Filipinas al alcance de los Estados Unidos justo cuando Rusia, Francia y Alemania estaban amenazando el comercio americano en China, y se preguntaba si tenían algún derecho a tirar por la borda una posesión que les permitiría mantener y defender sus intereses en aquella parte del globo (*American Banker* LXIII, 785 y *Banker and Tradesman* XXVI, 456, 776, 1 de junio y 24 de agosto de 1898, citados por Pratt, op. cit., 268-69).

por Pratt no fue recogida por muchos historiadores, que por el contrario se concentraron únicamente en la primera parte de la argumentación, relegando la evidencia del último cambio de opinión. De esta manera, el efecto del trabajo de Pratt fue que muchos historiadores trataron las razones económicas como secundarias y estudiaron sobre todo las causas políticas y sociales de la guerra (*American Expansionism* 259-66).

En los años treinta comenzaron, por tanto, las reinterpretaciones del conflicto hispano-norteamericano. Fueron trabajos basados fundamentalmente en prensa, discursos y documentos publicados, por lo que a menudo desvirtuaban la realidad, aunque algunos de ellos siguen siendo fundamentales y han resistido bien el paso del tiempo. De esta forma, los historiadores americanos empezaron a defender que la guerra hispano-norteamericana fue el resultado de una combinación de factores: un estado de opinión colectivo creado por la propaganda de la prensa amarilla<sup>10</sup>; el idealismo altruista del pueblo de los Estados Unidos que provocó un clamor popular en favor de la guerra para liberar a los cubanos del yugo español por razones humanitarias y religiosas ("Manifest Destiny and the Filipines" 188-89); el aumento del darwinismo social que promulgaba la existencia de una lucha entre naciones en la cual sobrevivirían los más fuertes, y entre ellos esperadamente los Estados Unidos en combinación con los pueblos anglosajones; la influencia de un grupo de jóvenes republicanos expansionistas que defendían la importancia de incrementar la presencia norteamericana en la escena internacional; problemas internos que intentaban superarse gracias a la actuación en el exterior,<sup>11</sup> etc. Esta serie de razones, de carácter fundamentalmente político y social, forzaron a un débil e indeciso presidente McKinley, que no tenía interés en la política internacional ni ambición imperialista alguna, a conducir a la nación a una guerra que no deseaba, por motivos en los que no creía, y a la creación de un imperio que iba en contra de los principios básicos y de

---

10. Ver Wilkinson, Wisan, y Auxier. Opiniones diferentes a las de estas obras se pueden encontrar en trabajos posteriores como los de Bailey y Leuchtenburg. La obra de Linderman, aunque muy posterior a las citadas, incide en la enorme influencia que la opinión pública ejerció sobre McKinley, hasta el punto de arrastrarle a una guerra que nunca quiso y que consideró el mayor de sus errores hasta el final de sus días.

11. Así, por ejemplo Louis M. Hacker sugirió que el conflicto hispano-norteamericano fue el resultado de un intento del partido republicano de alejar las mentes de los problemas domésticos. Por su parte, Charles A. Beard lideró un grupo de historiadores que subrayaron que los factores emocionales y psicológicos fueron fundamentales a la hora de decidir ir a la guerra. La guerra fue vendida a la nación por los políticos para que se olvidaran de importantes problemas internos, y en especial de la crisis por la que estaban pasando los granjeros. Su primitivo énfasis en la expansión territorial y en los intereses económicos fue ahora abandonado en su obra *Giddy Minds and Foreign Quarrels: An Estimate of American Foreign Policy*, en contraposición a su obra anterior, *The Idea of National Interest*.

las tradiciones del pueblo americano.<sup>12</sup> En estas nuevas interpretaciones las motivaciones económicas perdían la importancia que anteriormente habían tenido, tal como fue defendido en casi todos los trabajos históricos de este período.<sup>13</sup>

De estos años es también un irónico y divertido artículo de Fred Rippey, escrito en 1938, "Enthusiasms of 1898," en el cual defiende, en contra de la tendencia de la época, la determinación de McKinley de hacerse con Filipinas, y aunque reconoce la influencia de las causas económicas que impulsaron la presencia americana en Extremo Oriente, analiza fundamentalmente el discurso humanitario empleado por los expansionistas para justificar la expansión ultramarina y la necesidad de quedarse con aquel archipiélago sobre todo por el deber contraído ante el pueblo filipino, incapaz de autogobernarse. Con fina ironía y mucha agudeza va atacando punto por punto estas argumentaciones, haciendo todo un alegato en favor de lo que significa la verdadera libertad de los pueblos y en contra de los intereses reales de aquéllos que quieren dominar a otras naciones disfrazándose detrás de argumentos morales, como el deber y el destino ineludible.

##### 5. REVISIONES DE LAS MOTIVACIONES ECONÓMICAS DE LA GUERRA

A fines de los años treinta y durante los cuarenta aparecieron una serie de revisiones importantes sobre las motivaciones económicas de la guerra, concediéndoles de nuevo un papel predominante. En estas argumentaciones, se justificaba la expansión hacia Oriente por motivos comerciales y por el deseo de penetrar en mercados y áreas de inversión de aquél ámbito.

El primer análisis crítico contra la argumentación de que en la guerra no habían influido cuestiones económicas fue realizado por Arthur Barcan, en una tesis inédita sobre el imperialismo americano y la Guerra Hispano-norteamericana, que fue

---

12. Imagen que se puede extraer de numerosas obras de este periodo, y entre ellas la de Griswold.

13. Samuel Flagg Bemis hablaba de que la responsabilidad de los negocios americanos en la guerra era uno de esos mitos que se forman, pero que nuevas investigaciones habían demostrado que en realidad los intereses económicos de los Estados Unidos se oponían a cualquier tipo de guerra. Faulkner, veintisiete años después de que hubiera resaltado la importancia de los factores económicos, sostuvo en los años cincuenta que la decisión de llegar a la guerra por motivos económicos parecía ahora superada por nuevas evidencias, y que esta documentación revelaba que el mundo de los negocios estaba preocupado por la posibilidad de la guerra y era claramente partidario del mantenimiento de la paz: *Politics, Reform and Expansion, 1890-1910*. En el mismo sentido Arthur M. Schlesinger escribió que no había duda de que McKinley era un claro defensor de la paz y que su posición estaba ardientemente apoyada por *Wall Street* y el mundo de los grandes negocios.

presentada en la Universidad de Columbia en 1940. Barcan comenzaba su estudio señalando que el Gobierno de McKinley estaba controlado por los grandes negocios y que por tanto era inconcebible que el Presidente decidiera ir en contra de los intereses de aquellos que eran su principal apoyo. Su tesis se basaba en un largo y cuidadoso estudio de periódicos financieros, bursátiles e industriales entre 1895 y 1898, y de ella se extraían las siguientes conclusiones. Primero, que la guerra no podía verse como un episodio no-imperialista en medio de un contexto de máxima tensión imperialista, ni como una guerra a la que se opusieron los medios de negocios en una nación controlada por estos mismos medios. Por contra, era bastante más plausible considerar que los Estados Unidos llegaron a la guerra impulsados por sus nuevas apetencias imperialistas, apoyadas por los círculos económicos que esperaban beneficios directos o indirectos de ello. Segundo, que no existían indicios suficientes para mantener que el mundo de los negocios se opuso mayoritariamente a la guerra justo hasta que se vieron inmersos en ella, momento en el cual cambiaron de opinión, como si fuera posible que en el espacio de un mes una nación pudiera desarrollar las necesidades inherentes a una política imperialista y los recursos necesarios para llevarla a cabo. Tercero, que el rápido crecimiento económico de los Estados Unidos había provocado una necesidad creciente de mercados para el exceso de producción y de capital. En 1898, el mundo de los negocios norteamericano se encontraba en una situación difícil: en Cuba la revolución y tres años de guerra habían interrumpido la actividad económica, destrozando las inversiones de capital y dificultando la explotación de los grandes recursos que la isla ofrecía. En Hawai habían asumido prácticamente el control, pero la anexión formal era combatida por potentes círculos antiimperialistas. En China, hombres de negocios americanos habían encontrado campos muy rentables para el comercio y las inversiones, pero su posición se veía amenazada por los intentos monopolistas de algunas potencias europeas. En esas circunstancias, Barcan afirma que los capitalistas americanos buscaron los medios para pacificar Cuba y volvieron sus ojos hacia las Filipinas, que estaban lo suficientemente cerca de Asia para convertirse en una excelente base para la armada y los mercantes americanos, y para afianzar la posición americana en China. Además, la resistencia de anexionarse Hawai excepto bajo condiciones extremas, como podían ser las necesidades de una guerra, se derrumbaría, tal como de hecho ocurrió entre marzo y abril de 1898. Por tanto, concluye Barcan, no fue un mero accidente que el primer paso fundamental de la lucha contra España fuera casualmente el ataque de Dewey a Manila. Indudablemente este acontecimiento tuvo que ser el fruto de una estrategia largamente meditada. Barcan acaba su estudio afirmando que, aunque no se puede explicar la guerra exclusivamente en términos económicos, sin duda los intereses imperialistas de los medios de negocios fueron dominantes en el desarrollo de los hechos ("American Imperialism and the Spanish-American War").

Prosiguiendo la misma línea, otra tesis doctoral inédita, esta vez presentada por Ralph Deward Bald en la Universidad de Pittsburgh, llegaba a la conclusión, a través del análisis de las principales revistas de economía de la época, de que en los años 90 los órganos de expresión de los medios económicos repetían constantemente

el mensaje de la necesidad de asegurarse mercados ultramarinos para los excedentes de sus industrias. Estas revistas recogieron las ideas de Mahan, Roosevelt, Lodge y otros imperialistas, y solicitaron desde sus páginas la expansión ultramarina, concediendo una especial importancia a la anexión de Cuba y Filipinas como fuentes para el comercio y la inversión de capital. Según Bald, en vez de permanecer indiferentes al imperialismo, los órganos publicísticos del mundo de los negocios colaboraron de forma importante en la creación de una atmósfera de opinión favorable a la expansión.

Una crítica aún más directa a las teorías anteriores que minusvaloraban la importancia de los factores económicos en la guerra de 1898, apareció en 1958 en un artículo de Nancy O'Connor, en el cual esta autora sostenía que las consideraciones económicas tenían mucho más que ver con el desarrollo del conflicto hispano-norteamericano de lo que tradicionalmente habían reconocido los historiadores americanos. En su trabajo reunía ejemplos de banqueros, comerciantes, manufactureros, propietarios de flotas, y agentes de las importaciones y exportaciones a Cuba que favorecieron directamente la intervención. Quería demostrar con ello que existía un importante sector de hombres de negocios que apoyaron la intervención militar y que demandaron nuevas bases para operar, bases entre las que se incluían las Filipinas y los mercados del Extremo Oriente ("The Spanish American War: A Revaluation of its Causes").

Martin J. Sklar ha querido probar también que los círculos económicos estaban convencidos de la necesidad de la expansión y de la creación de nuevos mercados para desarrollar la economía y potenciar el crecimiento industrial, a través del análisis de las actas de la *National Association of Manufacturers* de 1895 a 1898. En los documentos reseñados, los hombres de negocios señalaron reiteradamente a Latinoamérica y Asia como las dos áreas de expansión natural de los Estados Unidos; y en esta batalla, según Sklar, contaban con el apoyo y colaboración de la administración de McKinley (133-62).

Esta línea interpretativa, siempre presente en la historiografía americana, revivió de nuevo en los años setenta. En esa época aparecieron una serie de trabajos, influidos por la historiografía marxista, que concedieron un nuevo énfasis a las causas económicas en la política intencionadamente imperialista que Estados Unidos desarrolló a partir de 1898. Estas obras estaban coyunturalmente relacionadas con los problemas a los que Estados Unidos se enfrentaba en esos momentos, estableciendo marcos de comparación entre Filipinas, Corea y Vietnam. La pregunta, la preocupación que latía detrás de estas investigaciones era por qué la nación norteamericana se hizo imperialista, y sobre todo si el imperialismo era un proceso ineludiblemente unido al desarrollo del capitalismo—y por tanto los Estados Unidos, dado su poderío económico y militar, necesariamente tenía que ser un país imperialista—o si se podría seguir otra política exterior. Respecto al problema de las Filipinas, estos trabajos coincidían en defender que fueron las necesidades de nuevos mercados y áreas de inversión y el deseo de construir un imperio en el Extremo Oriente las causas directas de la anexión

de estos archipiélagos a los Estados Unidos, que por supuesto no fue una casualidad ni el resultado de una victoria militar inesperada, sino una decisión meditada y buscada. Entre estas interpretaciones destacan las de Philip Foner y Marilyn Young.

Philip Foner ha analizado las causas de la guerra hispano-norteamericana, resaltando por encima de otros factores—políticos, sociales, psicológicos o humanitarios—los argumentos económicos. Según este autor, el uso de la fuerza contra España se justifica por el crecimiento del capitalismo norteamericano y su necesidad de mercados, así como por el decidido interés que los círculos económicos mostraron por la expansión sobre el Caribe, Latinoamérica y el Extremo Oriente.<sup>14</sup>

En la misma línea que Foner se sitúa Marilyn Young al analizar una cuestión central que según ella abre el siglo XX en América, y que quizás pueda cerrarlo también: ¿Por qué el imperialismo? ¿Es necesario el imperialismo para una nación capitalista desarrollada? ¿Puede eliminarse el imperialismo, manteniéndose el capitalismo? Tratando de contestar estas preguntas, Young se esforzó por demostrar en primer lugar el interés de los círculos económicos por la expansión en 1898. Sentado este punto, afirmó que es difícilmente concebible que el Gobierno de McKinley actuara contra los intereses de uno de los grupos más cohesionados, ricos, e influyentes de la nación. En este sentido defendió que tanto el Presidente como el Secretario de Estado John Hay y el resto de su Administración, respondieron racional y honestamente a lo que creyeron las necesidades domésticas e internacionales de los Estados Unidos. Sin embargo, según esta autora, una importante parte del mundo que veían no era totalmente real. La economía americana no estaba en un estado tal que sólo pudiera ser aliviada gracias a los mercados orientales. La política de puertas abiertas no convertía a Estados Unidos en el punto de equilibrio entre las grandes potencias en el Extremo Oriente, ni salvaba a China de nada y mucho menos de las potencias europeas. Desde esa posición, Young criticó muy duramente la decisión de expandirse hacia Oriente, negando que respondiera a una necesidad básica de los Estados Unidos en ese momento, enmarcando sus afirmaciones en el rechazo hacia cualquier tipo de imperialismo.<sup>15</sup>

## **6. PRINCIPALES CUESTIONES EN DEBATE DESDE LOS AÑOS CINCUENTA HASTA EL PRESENTE**

A partir de mediados de los años cincuenta, década de los sesenta y principios de los setenta, aparecieron una serie de trabajos fundamentales sobre la cuestión. Se

---

14. Ver Foner, "Why the United States went to war with Spain in 1898" 1-20, y Young 1-20. Ver también de Foner *La guerra hispano-cubana-americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano, 1895-1902*.

15. Ver la "Introduction" de Young a su obra.

basaban ya en documentación de archivos, lo cual permitió revisar antiguas teorías y adelantar nuevas conclusiones en diferentes direcciones. Entre ellas señalaría una serie de problemas o temas en debate que cobraron entonces una nueva dimensión, que han permanecido abiertos hasta nuestros días, y que siguen presentes y cuestionados todavía en las obras más actuales que siguen publicándose en torno a la guerra hispano-norteamericana de 1898.

#### **a). LA ACTUACIÓN DE MCKINLEY EN LA GUERRA Y LA DECISIÓN DE RETENER LAS FILIPINAS**

Una de las primeras cuestiones que replantearon estos trabajos fue la actuación del Presidente McKinley en la guerra. El primer paso fue rebatir imágenes tópicas, poco acordes con la realidad, que habían sido transmitidas a través de las obras de numerosos autores. Por ejemplo, la de un McKinley ignorante del Extremo Oriente, del ataque de Dewey sobre las Filipinas y de las consecuencias que éste pudiera tener, siguiendo las operaciones de la guerra en un atlas escolar buscado a última hora, al hilo de las informaciones que le iban dando sus consejeros. A este respecto, se cuenta la anécdota de un miembro de la *Coast and Geodetic Survey* que fue a darle una detenida charla sobre Filipinas, y después de media hora ilustrándole, el Presidente le despidió diciendo: "Es evidente que vamos a aprender mucha geografía en esta guerra." O el chiste que decía: "¿En qué se parece la cabeza de McKinley a una cama? En que ambas hay que volver a hacerlas todos los días para poder utilizarlas" (Müller 115). Repetida hasta la saciedad también la escena de McKinley paseando por sus aposentos, sin saber qué hacer con las Filipinas, hasta que finalmente una noche, en respuesta a sus plegarias, la Providencia le mostró lo que sería más conveniente, y por fin pudo dormir de un tirón, tranquilo con su conciencia por primera vez en mucho tiempo. Aunque es cierto que el Presidente era un hombre profundamente religioso, y no hay por qué dudar de que rezara para encontrar el mejor camino, es difícil de creer que no tuviera una idea bastante definida al respecto.

En contra de estos estereotipos creados por trabajos anteriores, se revisaron tanto el carácter como las actuaciones y el papel que McKinley desempeñó en la crisis hispanoamericana y en la expansión hacia Oriente. En los nuevos estudios aparecía como un presidente hábil y consciente, que supo bien lo que quería y cómo manejar las situaciones para que se desarrollaran como él pretendía hasta obtener los objetivos que deseaba. Si bien se discutió su renuencia a entrar en guerra, se subrayó paralelamente su convicción de que Cuba era necesaria para la seguridad y el desarrollo de los Estados Unidos. Intentó adquirir la isla por medios pacíficos, pero al percatarse de que no sería posible, no le importó llegar al enfrentamiento armado con tal de conseguir sus objetivos. Y una vez planteada la guerra, fue plenamente consciente de las oportunidades que ésta ofrecía para afirmar la presencia y el

comercio americano en Extremo Oriente, y hacerse con una serie de islas en el Pacífico.

En este punto hay una cierta discrepancia, pues mientras que hay autores que afirman que las Filipinas fueron un fin de guerra deseado y calculado desde antes de iniciarse las hostilidades con España—es decir, un motivo más que presionaba para intervenir en Cuba y comenzar un conflicto del que esperaba obtener frutos en distintos escenarios<sup>16</sup>—otros historiadores defienden que el Presidente sólo se decidió a actuar en el Pacífico una vez que consideró que la guerra en el Caribe era inevitable, pero que los intereses en el Extremo Oriente nunca le hubieran arrastrado al conflicto armado. Únicamente al decidir abrir un segundo frente en el Pacífico para debilitar la posición española durante la guerra, se planteó aprovechar las nuevas oportunidades que esta acción ofrecía a los Estados Unidos en aquél ámbito.<sup>17</sup> Otra opinión extendida es que McKinley resolvió intervenir en Filipinas estrictamente por motivos de estrategia bélica, que lo único que pretendió al atacar Manila fue anular las fuerzas navales españolas en este océano, y como mucho, obtener una base naval en el área, pero que nunca deseó una expansión norteamericana auspiciada por el Gobierno (Griswold, Dennett, May, y Trask). Dependiendo de la tesis de partida mantenida por cada autor, varían el momento en el que fijan la adopción de la decisión de quedarse con las Filipinas y las razones que animaron al Gobierno de McKinley en este sentido.<sup>18</sup> Obras fundamentales que plantean la cuestión con tesis diferentes son los trabajos de H.

---

16. Entre los muchos autores que se podrían elegir como representantes de esta corriente historiográfica, nosotros vamos a señalar el trabajo de H. Wayne Morgan, uno de los principales biógrafos de McKinley y autor de una obra relevante sobre la guerra hispano-norteamericana: *America's Road to Empire: The War with Spain and Overseas Expansion*; el de Richard Miller, "McKinley Got What He Wanted," en *American Imperialism in 1898. The quest for National Fulfillment* 118-120; los de Paolo E. Coletta: *William McKinley and His America*, "Bryan, McKinley and the Treaty of Paris," "McKinley, the Peace Negotiations, and the Acquisition of the Philippines," "McKinley and the conduct of United States Foreign Relations" y "The Peace Negotiations and the Treaty of Paris"; el de Walter LaFeber: *The New Empire: An Interpretation of American Expansion, 1860-1898*; y el de Thomas McCormick: "Insular Imperialism and the Open Door: The China Market and the Spanish American War." Ver también el de Foner, "Why the United States went to war with Spain in 1898," y el de Young, 1-20. Por último, el de Paul Holbo, "Presidential Leadership in Foreign Affairs: William McKinley and the Turpie Foraker Amenment," y el de Margaret Leech, *In the Days of McKinley*.

17. Ver los trabajos de Dulles, Welch, Akira Iriye, Bailey, y Braisted.

18. A este respecto es interesante el libro de James, *American Foreign Policy*, que hace una selección de textos breves con opiniones contrapuestas de McKinley y otros protagonistas de los hechos respecto a la decisión de adquirir las Filipinas.

Wayne Morgan, Paolo E. Coletta, William R. Braisted, Thomas A. Bailey, Paul Holbo, John A. S. Grenville, Philip Foner, Foster Rhea Dulles, William A. Williams, Thomas McCormick, Walter LaFeber, Charles Campbell, A. Whitney Griswold, Tyler Dennett, David Trask, John L. Offner y tantos otros. Entre estos autores que han estudiado la posición de McKinley en la guerra y su actitud ante las Filipinas, vamos a revisar una serie de trabajos que nos han parecido especialmente significativos.

H. Wayne Morgan se muestra en sus investigaciones opuesto a las interpretaciones de aquellos historiadores que presentaban a McKinley como un intelectual vacilante, más dependiente de la Divina Providencia que de su propio sentido común en la toma de decisiones. Por contra, el retrato que se obtiene del Presidente a través de las investigaciones de Morgan es el de un hábil líder político, decidido a impulsar la expansión ultramarina, que aprovechó la ventajas de la victoria de Dewey en Manila para incorporar Hawai como una necesidad bélica, dividir las opiniones antiexpansionistas del Congreso, y neutralizar las objeciones de los miembros reticentes de su Gabinete hasta conseguir hacerse con el archipiélago filipino.<sup>19</sup> Según Morgan, "desde el principio McKinley se inclinaba por retener todas las Filipinas. Lo que hizo durante los meses de la primavera y verano del 98 fue desarrollar una opinión pública capaz de apoyar su decisión."

De esta forma, el Presidente siguió una política cauta y progresiva, siempre tras la consecución de unos objetivos claros. En esa línea, a principios de julio de 1898 todavía no decía nada definitivo respecto a las Filipinas; simplemente, que debían ser prudentes en el asunto. Hablaba de que quería retener tan poco territorio como fuera posible, pero no decía qué límites abarcaba ese poco. Paulatinamente fue revelando que el principio general de mantener aquello que tomaran le parecía juicioso, y que si los acontecimientos lo requerían, se verían obligados a anexionarse todas las Filipinas. El 22 de julio empezaron las negociaciones de paz, y el embajador francés, Jules Cambón, urgió al Presidente a sentar los términos del armisticio. Estaba claro que el problema más peliagudo iba a ser el futuro de las Filipinas. McKinley no impuso sus puntos de vista, sino que pidió consejo a sus ministros. Se encontró con que la opinión del Gabinete estaba dividida. Algunos miembros querían todas las islas, otros no querían nada, y otros preferían quedarse únicamente con Manila o con la isla de Luzón completa para establecer una estación naval, pero devolver el resto del archipiélago a España. El Presidente empezó entonces, según Morgan, una operación llena de tacto y paciencia. El primer borrador elaborado por Day preveía retener sólo Luzón. Sin embargo McKinley echó tierra sobre él. Fue convenciendo separadamente a los miembros de su Gobierno de la necesidad de retener todas las Filipinas, y en una votación efectuada el 30 de julio, la expansión ganó ya por una estrecha mayoría en votación colectiva. Cuando después de la reunión, Day señaló a McKinley que no había

---

19. H. Wayne Morgan fue profesor en Texas, uno de los principales biógrafos de McKinley y autor de una obra relevante sobre la guerra hispano-norteamericana, *America's Road to Empire: The War with Spain and Overseas Expansion*.

presentado su propuesta para establecer una única base naval en Luzón, McKinley le contestó: "No, temía que esa opción pudiera ganar."

Sin embargo, en las propuestas para firmar un armisticio, el Gobierno norteamericano reclamó únicamente mantener la ciudad, el puerto y la bahía de Manila, dejando la resolución respecto al resto de las Filipinas abierta para conversaciones posteriores. Morgan defiende que McKinley maniobró en esta cuestión de una forma característica en él. Sabiendo lo que quería desde el principio, escuchó todas las opiniones y fue ganando apoyos para su causa. Posponiendo una decisión definitiva sobre las Filipinas, lo que pretendía era obtener un respaldo mayoritario para hacerse con las islas, convertir esta reclamación en un clamor popular. Sabía que posponer la cuestión significaría desarrollar una opinión pública favorable. Al final, podría parecer que capitulaba y aceptaba retener todas las islas ante la presión externa, de la misma manera que en abril pareció capitular ante la petición mayoritaria de liberar Cuba y entrar en guerra con España. Morgan lo explica así:

Sin embargo, todas sus manifestaciones y acciones indicaban que tenía una opinión muy clara al respecto. Había enviado a Dewey a las Filipinas, sabiendo las consecuencias que esto tendría. Había mandado fuerzas armadas para completar la conquista. Consiguió la anexión de Hawai justificándola como necesidad de guerra y con alusiones al destino manifiesto. Dirigió personalmente las negociaciones de paz como sólo un expansionista podía haberlo hecho. Mientras firmaba la paz definitiva en unos términos que incluían la retención completa de las Filipinas, el Presidente era consciente de que sus problemas continuarían. Empezaba un nuevo camino para la nación. Habían vencido a una gran potencia europea y habían adquirido todo un imperio. Parecía que todo había ocurrido de repente y sin quererlo, pero McKinley sabía que 1898 simbolizaba el final de un proceso muy largo y complicado, la lógica emergencia a la escena mundial. Los asuntos exteriores se quedarían allí para siempre. La responsabilidad sería el precio por la grandeza.<sup>20</sup>

Por su parte, Paolo E. Coletta, a través de varios artículos dedicados al papel de McKinley en la guerra, también defendió que la imagen estereotipada de un presidente McKinley débil e indeciso no se ajustaba a la política seguida en el proceso de adquisición de las Filipinas ni a su firme conducta durante las negociaciones de paz. Por contra, insistió en la idea de un McKinley plenamente consciente de lo que hacía en el ámbito oriental y de las consecuencias que tendrían sus acciones. Aunque,

---

20. Ver Wayne Morgan, "McKinley Got What He Wanted," en Miller, *American Imperialism in 1898. The quest for National Fulfillment* 118-120, y William McKinley and *His America*.

según este autor, es difícil señalar en qué momento el Presidente decidió apoyar una política activa en el área, Coletta fue resaltando las distintas etapas que posibilitaron la presencia americana en el Extremo Oriente. En primer lugar, pudiendo haber frenado el clamor expansionista, McKinley lo favoreció: aceptó la idea de una intervención en Filipinas como una necesidad militar en la guerra contra España por Cuba; estuvo al tanto de los planes navales que se preparaban para ello meses antes de iniciarse un enfrentamiento armado entre los dos países; aprobó las órdenes para que un Escuadrón Asiático con Dewey al frente se dirigiera a Hong-Kong y estuviera dispuesto para un eventual ataque; aunque no dio las órdenes últimas, aceptó las ideas de Roosevelt en el sentido de que, en caso de apertura de hostilidades con España, el fuego se abriera en Filipinas, para hostigar a un tiempo todos los territorios coloniales de esta nación, abrir un segundo frente, y tratar de destruir la flota española en el Pacífico; una vez producida la victoria de Dewey, tomó buena nota del clamor en favor de una expansión americana por el Pacífico por motivos económicos, estratégicos, humanitarios y religiosos. Un segundo paso vital en la adquisición de las Filipinas fue la decisión de enviar al ejército capitaneado por Merritt para consolidar la conquista de Manila, fortificarla, y defender su posesión. Un tercer escalón decisivo fue la elección de una comisión para la conferencia de paz en París que pudiera apoyar la decisión de quedarse con Filipinas, sentido hacia el cual fue dirigiéndola poco a poco hasta la resolución final de retener todo el archipiélago.

Y ¿por qué tomó McKinley la decisión de tomar todas las Filipinas? Pues según Coletta, porque su Gabinete se inclinaba mayoritariamente en este sentido; porque los consejos de los expertos también le empujaron a ello; porque se convenció de los beneficios comerciales y económicos que reportaría de cara a los mercados orientales; porque consideró que ése era su deber respecto a los filipinos; porque pensó que sería la posición más correcta en el orden internacional, pues una lucha entre potencias para ver quién se quedaba con estas islas si los americanos se retiraban en nada beneficiaría a los países interesados ni a la paz entre naciones; porque sus convicciones morales le exigían que los Estados Unidos asumieran sus responsabilidades humanitarias y religiosas con los habitantes de las islas. Y un último y muy importante factor que influyó en la postura de McKinley respecto a las Filipinas fue el peso de la opinión pública. Durante un viaje triunfal que realizó en octubre de 1898, recibió el apoyo prácticamente unánime del país para quedarse con la totalidad de las Filipinas. Convencido, pues, desde el principio de la corrección de sus planteamientos, y avalado por estas múltiples opiniones, recurrió a argumentos como el destino, la Providencia, la marcha de los acontecimientos, el deber, el altruismo, el honor nacional, las ventajas económicas, etc, para, escudándose en estos vagos y honorables intereses colectivos, actuar de forma contundente en las Filipinas.<sup>21</sup>

Paul Holbo ha examinado las maniobras políticas en las semanas anteriores a la guerra y el papel decisivo que MacKinley desempeñó en ellas, mostrándole como un

---

21. Ver los trabajos de Coletta.

presidente consciente de lo que hacía y de lo que quería conseguir en el Extremo Oriente.<sup>22</sup>

Por su parte, Philip Foner ha negado la afirmación de que McKinley llegara a la guerra empujado por el impacto de un clamor popular demasiado poderoso para la debilidad de su carácter. En contra de esa imagen, ha defendido que el Presidente fue decididamente a la guerra, siguiendo una estrategia diseñada meses antes con unos objetivos muy claros. Según este autor, un análisis de lo que hizo y dijo McKinley en ese período revela una respuesta muy positiva hacia las peticiones de los círculos expansionistas. Se identificó con las demandas de los hombres de negocios, y en numerosas ocasiones entre 1895 y 1898 afirmó que la industria no podría seguir creciendo sin mercados exteriores, que estos mercados eran fundamentales para el exceso de producción, y que su mayor preocupación en esos momentos era la expansión del comercio. Como todos los partidarios de la *large policy*, McKinley trabajó para construir una armada poderosa y una marina mercante respetable. Como ellos, defendió la inmediata anexión de Hawai, como parte inevitable del "Destino Manifiesto." Impulsó la apertura de un canal transoceánico. Intentó por todos los medios hacerse con Cuba, y cuando vio que no sería posible conseguirlo por vías pacíficas, estuvo dispuesto a llegar a la guerra con tal de lograr el fin. Todo esto demuestra, según Foner, que las convicciones expansionistas del Presidente jugaron un papel crucial en la decisión de ir a la guerra. Además, McKinley era plenamente consciente de la relación entre una acción contra España en Cuba, y el establecimiento de una base de operaciones norteamericana en Filipinas desde la cual introducirse en los lucrativos mercados del Extremo Oriente. Habló de esta conexión con Theodore Roosevelt en fechas tan tempranas como septiembre de 1897, y estuvo implicado en los planes que diseñaron una campaña para el Pacífico mucho antes de que la guerra se considerara inevitable.<sup>23</sup>

John Offner, en una tesis realizada a fines de los años cincuenta, defendió que las ideas navales de McKinley y su interés por adquirir Hawai, Cuba, y un canal interoceánico formaban parte de un plan de expansión bien meditado, y que sus actos demostraron que sintonizaba con las corrientes del expansionismo bastante más allá del diseño de una política exterior comprensiva.<sup>24</sup>

John Grenville partió del análisis sobre el papel desempeñado por la Marina en la guerra para defender el interés de McKinley por la expansión hacia Oriente. Estudió una relación de los planes elaborados desde 1896 por distintas instancias de la Armada preparando diferentes líneas de actuación en caso de una guerra con España por Cuba. A pesar de que se preveía que el conflicto se desataría en y por el

---

22. Ver también Leech.

23. Ver "Why the United States went to war with Spain in 1898," de Foner, y *American Expansionism. The Critical Issues* 1-20, de Young.

24. Ver la tesis doctoral inédita de Offner.

Caribe, la mayoría de los planes diseñaban ataques paralelos a las Filipinas. Estas previsiones fueron de gran utilidad cuando de hecho se desató la guerra hispano-norteamericana y tuvieron influencia en la táctica bélica seguida. Por tanto, no fueron meros ejercicios de escuela, tal como otros autores han defendido. Por el contrario, Grenville afirma que la campaña naval contra España no se montó en el último momento sino que hacía meses que estaba preparada, con el conocimiento de McKinley y de su Administración, tanto para el escenario del Caribe como para el del Pacífico, y eventualmente el del Atlántico y las costas españolas.<sup>25</sup>

Timothy G. McDonald, escribió uno de los artículos más radicales a la hora de defender que McKinley fue premeditadamente a la guerra con dos objetivos claros: Cuba y Filipinas. En él afirmaba tajantemente:

McKinley tenía su mirada en las Filipinas tanto como en Cuba, y deseaba una guerra en ambos frentes si finalmente ésta se declaraba . . . El momento exacto en el cual McKinley comenzó a interesarse por las Filipinas es difícil de decir. Sabemos, sin embargo, que discusiones estratégicas respecto a estas islas estaban desarrollándose el 21 de septiembre de 1897. Probablemente las posesiones españolas en el Extremo Oriente ocupaban los pensamientos de los estrategas de Washington desde el momento que comenzó la ofensiva diplomática de McKinley. En septiembre de 1897 McKinley y sus consejeros discutieron ambas operaciones, pero sólo el ataque a las Filipinas se produjo. Todos los implicados conocían la importancia de las Filipinas, y existía un conocimiento general dentro y fuera del gobierno de que los americanos harían mejor en apresurar la adquisición de una base asiática, dado el desarrollo de China. Los líderes de los hombres de negocios, muy implicados en los mercados mundiales, elaboraban informes en 1897 advirtiendo que las potencias europeas intentaban evitar la entrada de los americanos en los mercados del Extremo Oriente. Washington compartía esa preocupación. El 24 de diciembre de 1897, el principal tema de conversación en la reunión del gabinete en la Casa Blanca fueron los esfuerzos europeos para desmembrar el mercado chino. De nuevo, a fines de enero de 1898, McKinley aseguró a los hombres de negocios americanos en un discurso ante The National Association of Manufacturers en la ciudad de Nueva York, que America debía recuperar el tiempo perdido y conseguir mediante conquistas pacíficas nuevos campos para el comercio. El poder naval americano, con base en Filipinas, debería ser capaz de proteger los presentes y futuros intereses americanos en Asia. Teniendo todos estos factores en mente, parece que la decisión de atacar las

---

25. Ver "American Naval Preparations for War with Spain, 1896-1898," de Grenville, y *Politics, Strategy and American Diplomacy. Studies in Foreign Policy, 1873-1917*, de Young y Grenville, una serie de once ensayos cuyo objeto es subrayar la interrelación entre la política diplomática y la estrategia militar durante los años objeto de estudio.

Filipinas fue realmente crucial. De hecho, McKinley planeó la conquista de las Filipinas antes de que los ecos de los fusiles en la bahía de Manila hubieran cesado. Para decirlo de forma abreviada, eliminar a España de Cuba y de Filipinas eran para McKinley un único y mismo objetivo.

Sin embargo, ésta es una cuestión abierta a las controversias. En los mismos años en que se publicaban estos trabajos, con el mismo material disponible, hubo autores que mantuvieron las tesis contrarias. Por ejemplo, Ernest May siguió defendiendo la antigua tesis de que fueron la histeria popular y el estado de la opinión los que llevaron al Presidente a implicar a su país en un conflicto que no quería por una causa en la que no creía. Según esta interpretación, el Presidente fue a la guerra sin ser consciente de dónde se metía y sin estar convencido de la necesidad de expansión que promulgaban los círculos americanos de negocios para hacerse con mercados extranjeros. May afirmó que McKinley, como la mayoría de los líderes americanos, sólo estuvo parcialmente interesado por las cuestiones internacionales.<sup>26</sup>

#### **b). LA EXPANSIÓN NORTEAMERICANA Y LA CREACIÓN DE UN IMPERIO**

Una segunda cuestión fundamental que se planteó con la aparición de estos trabajos giró en torno a la expansión norteamericana y la creación de un imperio. Frente a los que afirmaban que éste era un proceso contrario a las tradiciones e ideales del pueblo americano y se esforzaban por resaltar la existencia de círculos firmemente antiimperialistas,<sup>27</sup> se fue extendiendo otra corriente que subrayaba el ímpetu expansivo

---

26. Ver "Imperial Democracy: The emergence of America as a Great Power," de Ernest R. May. Este mismo autor, en una obra con el mismo título, *Imperial Democracy. The Emergence of America as a Great Power*, analiza por otra parte documentación de numerosos archivos para sentar la interacción entre los Gobiernos europeos y americano durante los años en que Estados Unidos irrumpió en la escena mundial.

27. Ver *Twelve against Empire. The Anti-imperialists, 1898-1900*, de Beisner, y "The Great Aberration of 1898," de Bemis. Ver también "American Imperialism: The Worst Chapter in Almost Any Book," de Field, artículo contestado y comentado por Lafeber y Beisner en la *American Historical Review*. Ernest R. May, en *American Imperialism. A Speculative Essay*, hizo un rápido análisis de las posturas en favor y en contra del imperialismo en 1898, del cual se extrae la impresión de que los partidarios de la expansión no eran tantos ni estaban tan extendidos como generalmente se afirma, y que los que apoyaron la anexión de Filipinas lo hicieron fundamentalmente por motivos comerciales, por encontrar mercados donde colocar los excedentes de su industria, y por motivos religiosos y humanitarios, al comprender que una vez tomada

que había animado siempre a los norteamericanos en un proceso continuado desde la propia Guerra de la Independencia, que llevó a sus habitantes a ir conquistando primero todo el continente, y una vez llegados a los límites de la costa del Pacífico, proseguir la expansión por este Océano.

Entre los historiadores que han contemplado la expansión americana como un proceso continuado a lo largo de su historia, se encuentran Foster Rhea Dulles, que realizó un interesante estudio del proceso que condujo a los americanos hacia el Pacífico en su libro *America in the Pacific*; Richard Van Alstyne, que en *The Rising American Empire* enlazó la expansión continental con la ultramarina desde la Revolución a la Era Wilson; esta tesis también fue defendida por Frederick Merk en *Manifest Destiny and Mission in American History*.

Otras obras interesantes en torno a esta cuestión—unas a favor, otras en contra de la expansión—son las de Julius W. Pratt, *America's Colonial Experiment: How the United States Gained, Governed and in Part Gave away a Colonial Empire*, que es un conciso y reactualizado resumen de sus tesis ya comentadas respecto a esta cuestión; el libro de Walter LaFeber, *The New Empire. An Interpretation of American Expansion, 1860-1898*; un artículo de Thomas Bailey, "America's Emergence as a World Power: The Myth and the Verity"; los estudios de David Healy, *US Expansionism. The Imperialist Urge in the 1890s*, o la obra editada por Richard Miller, *American Imperialism in 1898. The quest for National Fulfillment*, que recoge opiniones encontradas y textos especialmente significativos sobre esta cuestión.

### c). EL PAPEL DESEMPEÑADO POR LA MARINA NORTEAMERICANA

Un nuevo tema cuestionado por distintos historiadores fue el papel desempeñado por la Marina norteamericana en la decisión de ampliar el enfrentamiento con España a un segundo frente en el Pacífico, los objetivos perseguidos con esta acción, y la posición de la Armada en las discusiones respecto a qué parte de las Filipinas debían de retener. En este sentido son especialmente interesantes las obras de Braisted, Grenville, Dulles, Dennett, Offner y Hagan.<sup>28</sup>

---

Manila era obligación de los Estados Unidos hacerse cargo de la administración de estas islas hasta que sus habitantes estuvieran lo suficientemente desarrollados para gobernarse por sí solos.

28. Braisted, *The United States Navy in the Pacific, 1897-1909*; Grenville, "American Naval Preparations for War with Spain, 1896-1898"; Grenville y Young, *Politics, Strategy and American Diplomacy. Studies in Foreign Policy, 1873-1917*; Dulles, *America in the Pacific. A Century of Expansion*; Dennett, *Americans in Eastern Asia*; Offner: "McKinley y el comienzo de la guerra con España"; Hagan: *The Making of American Sea Power*.

#### d). LAS MOTIVACIONES ECONÓMICAS DE LA GUERRA

Una cuarta cuestión, siempre en debate, continuó discutiendo las motivaciones económicas de la guerra, que aunque ya no se subrayaban como únicas, se consideraron fundamentales para explicar la expansión hacia Oriente. En este tema destacó la llamada Escuela de Wisconsin, cuyos máximos representantes fueron William A. Williams y sus discípulos, LaFeber, McCormick y Gardner.<sup>29</sup>

En sus trabajos, William A. Williams consideró que las investigaciones anteriores minusvaloraban el papel de los hombres de negocios y de los inversores americanos cuyos intereses en Cuba estaban siendo destruidos con las continuas luchas en esta isla. Estos sectores pensaban que la situación cubana tenía que ser estabilizada a toda costa, por lo que apoyaron una intervención de la administración de McKinley en la isla. Junto a ello, Williams subrayaba el claro y creciente interés mostrado por estos mismos círculos económicos por adquirir las Filipinas como base desde la que conseguir una esfera de influencia predominante en el mercado chino. Finalmente concluía que el presidente McKinley no fue a la guerra porque los hombres de negocios le presionaran en tal sentido, pero tampoco fue a ella en contra de los deseos de los círculos económicos, tal como otros autores habían afirmado (*The Tragedy of American Diplomacy*).

Walter LaFeber investigó cómo los círculos de negocios se interesaron en los años 90 del pasado siglo por asegurarse el control de mercados en Latinoamérica, y cómo a partir de 1897-98 hicieron lo mismo con los mercados del Extremo Oriente, procurando para ello el apoyo del Departamento de Estado, primero a través de la formulación de una política hacia América del Sur que propiciara sus intereses, y posteriormente solicitando a la administración de McKinley que apoyara diplomáticamente sus acciones en el Extremo Oriente. La comunidad de negocios contribuyó por tanto activamente a iniciar una política expansionista. Muchos de los hombres de negocios, subraya LaFeber, apoyaron la guerra contra España no sólo porque abriría el mercado cubano a una penetración económica de los Estados Unidos,

---

29. De estos autores hablaremos más extensamente a continuación. Sólo nos resta pues citar la obra editada por Lloyd C. Gardner, *A Different Frontier*. Una revisión equilibrada de lo que se ha llamado la Escuela de Wisconsin es la de Irwin Unger, "The New Left and American History: Some Recent Trends in United States Historiography." También queremos citar aquí una obra que analiza las cifras reales de los costes y beneficios económicos de la anexión de Filipinas y de las ventajas que pudo suponer para las actividades económicas en China o en el área. Las respuestas adelantadas por el autor a todas estas cuestiones parecen ser negativas y concluyentes: económicamente la adquisición formal de estos archipiélagos no benefició a los Estados Unidos ni favoreció o modificó sus actividades con otros países de este ámbito: Rufus S. Tucker, "A Balance Sheet of the Philippines."

sino sobre todo porque tenían la vista puesta en las posesiones españolas en el Extremo Oriente. De sus escritos se extrae también la impresión de McKinley como un líder con una política conscientemente planeada, tanto para Cuba como para Filipinas, en concordancia con los deseos de la comunidad de negocios.<sup>30</sup>

Thomas McCormick demostró el enorme interés que gran parte de los hombres de negocios americanos, en conjunción con la administración de McKinley, mostraron por la penetración y en última instancia por el dominio del mercado chino, y ha dejado patente en sus trabajos la relación entre la crisis de Cuba y la expansión por el Extremo Oriente.<sup>31</sup>

#### e). EL FACTOR CHINA

En conexión directa con las motivaciones económicas anteriormente citadas, se avivó el debate en torno al papel jugado por China en la expansión hacia el Este. Sucesivos trabajos demostraron el interés que gran parte de los hombres de negocios americanos, apoyados por la administración McKinley, tuvieron por la penetración en el mercado chino, y establecieron una relación directa entre la retención de las Filipinas, la actitud de las potencias en el Extremo Oriente en 1897-98, y el interés americano por mantener la *Open Door Policy*, antes y después de 1898. En este sentido fueron fundamentales los trabajos de Thomas McCormick, Charles Campbell, William Braisted o Marilyn Young.

Thomas McCormick, además de en la tesis anteriormente citada, defendió en un artículo que tuvo una gran difusión e influencia, que McKinley tuvo muy claras las ventajas que la posesión de las Filipinas ofrecían a los Estados Unidos. Aunque según McCormick el Presidente no era un imperialista de por sí, decidió defender los intereses comerciales americanos en Extremo Oriente, donde deseaba preservar una política de puertas abiertas e igualdad de oportunidades. Tenía tal confianza en la supremacía americana que estaba seguro de que si se respetaban estas condiciones, Estados Unidos adquiriría el predominio en el área. Sin embargo, las progresivas acciones e intervenciones de las potencias europeas en el ámbito alarmaron a los comerciantes americanos que vieron amenazada su posición en China, por lo que solicitaron la protección de su Gobierno. McKinley se mostró dispuesto a respaldarlos, de tal forma que en la primavera de 1898, la cuestión china era una de sus principales preocupaciones en el ámbito internacional, sólo superada por el problema cubano. Pero entre ambos asuntos se podía establecer una clara conexión y buscar una

---

30. LaFeber fue alumno de Bailey y de Williams en Stanford y Wisconsin.

31. Ver "A Fair Field and no Favor's: American China Policy during the McKinley Administration, 1897-1901," tesis inédita de Thomas McCormick leída en la Universidad de Wisconsin en 1960, publicada posteriormente como *The China Market: America's Quest for Informal Empire, 1893-1901*.

resolución conjunta. Así, según McCormick, desde el principio de la guerra hispano-norteamericana, la administración de McKinley planeó hacerse con una parte de las Filipinas como un Hong-Kong americano, una puerta hacia el mercado chino y una base para operar en el área. Las formulaciones para esta política comenzaron siete meses antes de que se declararan las hostilidades con España. Se iniciaron en septiembre de 1897 con el examen presidencial del memorandum hecho por Roosevelt planeando que en caso de una guerra con España un escuadrón asiático bloqueara y si era posible tomara Manila. Dentro de la misma lógica este autor defendió que la progresiva ocupación y adquisición de Hawai, Wake, Samoa, Guam y las Filipinas, formando una ruta de comunicaciones integrada y segura, habría que enmarcarla en el contexto de la preocupación por la *Open Door Policy* y la defensa de los intereses americanos en China.

En este sentido, McCormick relacionó directamente la decisión de quedarse con todas las Filipinas con el deseo de defender la posición americana en el mercado chino: entre junio y octubre de 1898, se discutió si era más pertinente quedarse sólo con Manila, con la isla de Luzón, o con el archipiélago completo. Varias razones influyeron en favor de esta última posibilidad. En primer lugar, los intereses comerciales en China tuvieron una considerable importancia. Los círculos introducidos en este mercado manifestaron que la sólo posesión de Manila no bastaría para defender su posición en el área. Una rebelión de los nativos o la penetración de otras potencias en el resto del archipiélago podría socavar la presencia americana. Por otra parte existía una interdependencia económica y estratégica entre todas las islas que componían las Filipinas. La partición y separación sería difícil. ¿Y qué utilidad podría tener la posesión de una única ciudad si todo el archipiélago quedaba bajo la soberanía de una o varias potencias rivales? Las asociaciones de comerciantes, muchos de los expertos consultados, parte de su propio Gobierno, y círculos militares presionaron en estos meses para retener la totalidad de las Filipinas. Convencido, si es que no lo estaba desde el principio, McKinley mandó instrucciones a la comisión de París para que en el Tratado de Paz exigieran la totalidad del archipiélago. Y declaraba: "esa retención no significa un primer paso para un imperialismo organizado, sino simplemente la forma de defender la expansión comercial."<sup>32</sup>

Charles S. Campbell resaltó también las conexiones existentes entre los intereses económicos y comerciales en China y la anexión de las Filipinas (*Special Business Interests and the Open Door Policy*).

---

32. Tesis reflejada en un artículo de McCormick que ha tenido una gran repercusión sobre la historiografía tanto americana como extranjera que ha tratado esta cuestión: "Insular Imperialism and the Open Door: The China Market and the Spanish American War." También en otro trabajo cuyo título lo dice todo: "The Philippines were insular stepping stones to the Chinese Pot of Gold", en Richard Miller, *American Imperialism in 1898*.

William Braisted subrayó la continuidad de la política china antes y después de los sucesos de 1898, circunstancia en la que también insistieron el propio McCormick o Marilyn Young en trabajos posteriores, aunque los tres autores diferían ligeramente respecto al impacto que tuvo la anexión de las Filipinas sobre esta política en China.<sup>33</sup>

#### f). LA ANEXIÓN DE HAWAI

Otro punto de interés de la historiografía norteamericana ha sido la anexión de Hawai, tema que ya había sido investigado en profundidad por Pratt, pero que se enfocó posteriormente desde otro ángulo: se puso en relación la aprobación final del Congreso a la anexión de estas islas—tantos años pretendida por diferentes sectores pero siempre paralizada—con la utilización de la guerra hispano-norteamericana y la situación creada en Filipinas como emergencias bélicas que requerían la urgente y necesaria ocupación formal de Hawai.

En este sentido, Thomas A. Bailey, autor de un magnífico artículo que sentó tesis sobre las ambiciones alemanas respecto a las Filipinas, se interesó también por la relación entre la anexión de Hawai y la guerra hispano-norteamericana. Bailey llegó a la conclusión de que, sin este conflicto, Hawai no hubiera sido americano al menos en muchos años. El argumento de que la anexión era imperativa para proseguir la guerra en las Filipinas tuvo un eco considerable dentro y fuera del Congreso. Dewey estaba urgentemente necesitado de refuerzos, y no enviárselos lo más rápidamente posible sería un acto de ingratitud. Pero para ello se necesitaba una estación donde carbonear. Sólo existían dos barcos de la Marina que pudieran navegar sin repostar entre San Francisco y Manila. Se podrían usar barcos carboneros, pero eran lentos, poco económicos, y su efectividad estaba sujeta a las inclemencias del tiempo. Además, había que pensar que la retención de las Filipinas en manos americanas durante un tiempo considerable era muy posible, y para ello sería necesario contar con una base estable que asegurara las comunicaciones con aquellos territorios. Aunque Estados Unidos tenía ya los derechos para utilizar una estación naval en Pearl Harbour, siempre existía la posibilidad de un ataque de otra potencia, por ejemplo del cada vez más agresivo Japón. Por tanto la seguridad de la base de Hawai dependía del control que ejercieran sobre todo el archipiélago. Esta serie de razones, aunque realmente no tenían un sentido práctico muy consistente ni determinante, fueron sin embargo fundamentales como argumentos morales y defensivos en los que basar la anexión. El

---

33. William Braisted, "The United States and the China Development Company" y "The Open Door and the Boxer Uprising"; McCormick, *China Market: America's Quest for Informal Empire, 1893-1901*; Young, *The Rhetoric of Empire: American China Policy, 1895-1901*.

Congreso, que se había opuesto reiteradamente a incorporar estas islas porque consideraba que esa política iba en contra de la esencia de los Estados Unidos, en una nueva votación al respecto aprobó en junio de 1898 la incorporación de Hawai, justificándola por necesidades de guerra. Días más tarde McKinley firmó la anexión de las islas.<sup>34</sup>

Foster R. Dulles, que se había ocupado de este problema anteriormente, defendió que la anexión de Hawai se justificó por cinco razones, todas ellas conectadas también con la presencia en Filipinas: asegurar el control estratégico del Pacífico, evitar un avance de Japón, para incrementar el comercio americano en el área, para defender la posición de la flota en este Océano, y para desde esta base promover la paz en el Pacífico (*America in the Pacific* 117-99).

#### **g). LA INCIDENCIA DE LAS RELACIONES ANGLO-AMERICANAS EN LA POLÍTICA SEGUIDA EN FILIPINAS**

Finalmente, se manifestó la preocupación, tanto por parte americana como británica, por un tema no suficientemente estudiado ni esclarecido hasta ese momento, y que de hecho continúa siendo investigado hoy en día, muchos años después. Se trata de las relaciones anglo-americanas en 1898, muy determinadas por los problemas orientales, así como de la cuestión de si la postura de Gran Bretaña influyó en la decisión norteamericana de retener las Filipinas. Trabajando ya sobre documentos de la época, historiadores de ambos países analizaron la alianza pretendida entre Inglaterra y Estados Unidos en 1898; las gestiones de Chamberlain en este sentido, las distintas actitudes de los miembros de la administración inglesa en este problema, desde Salisbury a Balfour, de Sanderson a los cónsules en Hong-Kong o Singapur; y por contra, la respuesta americana, las reticencias de McKinley y su Administración ante una alianza formal, sus seguridades respecto a sus propios intereses en el Extremo Oriente y su deseo de conducir su política en este ámbito de forma independiente, aún contando con un entendimiento puramente amistoso entre las naciones anglosajonas, con la coincidencia de sus objetivos en el área y muy especialmente en la cuestión china. A través de estos trabajos se llega a la conclusión de que el entendimiento—que no alianza—entre estas dos potencias en 1898 fue importante para ambas, en especial en el Extremo Oriente, pero esta circunstancia no condicionó la actitud de los Estados Unidos en el área, y mucho menos le indujo a tomar una decisión respecto a Filipinas presionados por el Gobierno británico. Las decisiones tomadas por el Ejecutivo

---

34. Ver "The United States and Hawai during the Spanish-American War," artículo de Bailey aparecido por primera vez en 1931, pero revisado en 1969 para su publicación en una edición que recogía los ensayos de este autor: *Essays Diplomatic and Undiplomatic of Thomas A. Bailey*.

norteamericano fueron propias e independientes. En este sentido son fundamentales los trabajos de Charles Campbell, Alexander Campbell, H. C. Allen, Bradford Perkins, L. M. Gelber, R. G. Neale y J. A. Grenville.<sup>35</sup> Otro tema referido a las relaciones internacionales que ha despertado el interés de los historiadores ha sido la decisiva influencia que tuvo sobre la actuación de McKinley el temor a las ambiciones territoriales de las grandes potencias en el Pacífico, y más concretamente, sobre las Filipinas.<sup>36</sup>

#### h). LA PRESENCIA NORTEAMERICANA EN EL EXTREMO ORIENTE

En el análisis de las distintas interpretaciones que la historiografía americana ha dedicado al valor que tuvieron las Filipinas para los Estados Unidos en 1898, queremos dedicarle una atención especial, aunque anteriormente hayamos hecho ya referencia a las opiniones de algunos de estos autores sobre cuestiones concretas, a una serie de libros, aparecidos más o menos en la misma época que los que estamos comentando, pero que estuvieron específicamente dedicados a la presencia americana en el Extremo Oriente.

El primero de ellos sería la obra de Foster Rhea Dulles *America in the Pacific. A Century of Expansion*. En ella se establece una clara conexión entre la adquisición de las Filipinas y la ambición americana de consolidar su posición en el Pacífico, como culminación lógica de los avances realizados hacia Asia en el último siglo. El deseo de tener una ascendencia naval y comercial sobre este océano era un objetivo largamente acariciado por los americanos, la continuación de la expansión territorial hacia el Oeste iniciada muchos años antes. Además, en 1898 el Pacífico parecía el escenario fundamental en el que se iban a desarrollar las relaciones internacionales de las décadas siguientes. Era lógico, por tanto, que Estados Unidos reafirmara su intención de estar presente en el ámbito y defendiera los derechos que progresivamente había ido adquiriendo.

---

35. Charles Campbell, *Anglo-American Understanding, 1898-1903* y *The Transformation of American Foreign Relations, 1865-1900*; Alexander E. Campbell, *Great Britain and the United States, 1895-1903*; Allen, *Great Britain and the United States. A History of Anglo-American Relations, 1783-1952*; Perkins, *The Great Rapprochement: England and the United States, 1895-1914*; Gelber, *The rise of Anglo-American Friendship. A study in World Politics, 1898-1906*; Grenville, *Lord Salisbury and Foreign Policy. The close of the Nineteenth Century*; Neale, *Great Britain and United States Expansion: 1898-1900*.

36. Uno de los primeros trabajos en este sentido fue el de Fred Rippy, *Latin America in World Politics. An Outline Survey*, que a pesar de un título que pudiera llevar a la confusión, tiene un capítulo dedicado a "The European Powers and the Spanish-American War" en el cual se estudian las negociaciones y disputas en torno al futuro de las Filipinas. También está bien estudiado en otra obra de esa misma época, *Adventures in American Diplomacy, 1896-1906*, de Alfred Dennis.

Un segundo punto resaltado por Dulles fue la influencia que Theodore Roosevelt tuvo en este proceso. Según este autor, fue el primer oficial americano que recordó que España también tenía colonias en el Pacífico. Preparó por tanto con muchos meses de antelación los planes y los medios necesarios para que, en el caso de que estallara un conflicto hispano-americano, el primer ataque se produjera en Filipinas. Convenció a sus superiores de la conveniencia de esta política. Y finalmente dio las órdenes decisivas que posibilitaron un futuro de estos archipiélagos ligado a Estados Unidos; aunque no se debe olvidar que estas órdenes, una vez conocidas por Long y por McKinley, no fueron revocadas.

Y ello nos lleva al tercer punto que queremos resaltar del trabajo de Dulles. A pesar de que defiende que McKinley no era un expansionista convencido y que una vez conseguida Manila no hay evidencias que demuestren que quisiera retener las islas, al mismo tiempo afirma que, sin embargo, la idea de adquirir al menos una base en Filipinas debía estar presente en los planes de su administración desde fechas muy tempranas. El Presidente conocía las necesidades del comercio americano en el Extremo Oriente y era consciente de que desde hace mucho tiempo los marinos y los estrategas señalaban reiteradamente que Estados Unidos necesitaba estaciones navales en el Pacífico. Ahora se encontraba con una, magníficamente situada, a la que no estaba dispuesto a renunciar. Debía saber muy bien, por otra parte, que desde el momento que autorizó una expedición militar a Filipinas, estaba abriendo el camino hacia la expansión por el Pacífico. Todo ello parece demostrar el deseo de McKinley de ganar una estación en estas islas independientemente de los demás objetivos declarados en la guerra con España. Si no hubiera tenido interés por retener ningún territorio en la zona, el envío de tropas militares para consolidar las posiciones adquiridas en Filipinas y la toma de Guam no hubieran sido necesarias.

En este sentido, Dulles señaló que uno de los primeros biógrafos de McKinley, Olcott, escribió que el Presidente sentía aversión por las colonias, que no quería las Filipinas de ninguna manera, pero que una vez estuvieron bajo posesión americana, se dio cuenta de que sus ciudadanos nunca le perdonarían si las dejaba ir (*Life of William McKinley*). Dulles refuta que ésta no parece una afirmación muy convincente. Si el Presidente sentía tal rechazo ante la toma de las Filipinas, no se entienden las órdenes que dio y que tan claramente marcaron el camino que posibilitó la posesión del archipiélago. Por contra, Dulles defiende que en abril de 1898 McKinley se había convencido de que debía de procurar al menos una estación naval en las Filipinas y jugaba con la idea de si era conveniente retener alguna otra parte.

Este autor defiende que lo que finalmente convenció a McKinley para anexionar todas las Filipinas fue en primer lugar la situación en China. En 1898 pareció que había llegado el momento de la partición de este imperio. Las naciones rivales amenazaban los tradicionales intereses americanos en el Pacífico y en el continente asiático cuando la economía del país más necesitaba la expansión y nuevas áreas de expansión. En esas circunstancias, la victoria de Dewey pareció ofrecer una oportunidad enviada desde el cielo para superar la posición secundaria a la que la habían relegado las demás potencias en el Pacífico. Manila sería su Hong-Kong,

Kwangtung o Kiaochoo. Sin embargo, se fue haciendo evidente que la posesión de esta única plaza no sería suficiente. Las naciones europeas y Japón mostraban sus pretensiones de quedarse o repartirse el resto del archipiélago si Estados Unidos no se lo anexionaba, lo cual perjudicaría claramente los intereses americanos. Por otra parte, la demanda de retener todas las Filipinas se fue generalizando por todo el país. De esta forma, el desarrollo de los acontecimientos, más allá de su control, le convencieron, según la interpretación de Dulles, de que el interés nacional y las responsabilidades contraídas en el ámbito se combinaban para convertir a las Filipinas en una adquisición necesaria.

A. Whitney Griswold mantuvo posiciones bastante distantes de las anteriormente expuestas por Dulles. Según este autor, las Filipinas no fueron un fin de guerra y McKinley nunca deseó la anexión de las islas. Tampoco encontró este autor una relación directa entre los intereses en China y la toma de Manila o la retención de Filipinas. Por el contrario, afirmó que la comunidad de negocios y la industria americana no estuvo especialmente interesada por las posibilidades comerciales ni de inversión en este ámbito. No encontró continuidad posible en una política definida para China en la cual encajaran las Filipinas como pieza que facilitara objetivos tradicionales de americanos en el Extremo Oriente, que él negaba. De esta forma, una vez rechazadas las motivaciones económicas y una posible relación entre el interés mostrado por Filipinas y las ambiciones en China, llegó a la conclusión de que la anexión se produjo sobre todo por la presión de círculos expansionistas, y en particular de personas como Roosevelt, Lodge, Mahan o Reid; por la entusiasta reacción popular ante la victoria de Dewey; por la persuasión de Gran Bretaña; por la rivalidad con Alemania en aquél ámbito; por las recomendaciones de la Comisión de la Paz de París ante el Presidente; y por la irresistible presión de los acontecimientos, que sobrepasaron a McKinley y a su Administración y les obligaron a tomar decisiones en contra de sus propias convicciones. Nos encontramos de nuevo, por tanto, en el trabajo de este autor, con la imagen de un Presidente incapaz de aclarar su mente, según expresión textual de Griswold, reticente a tomar decisiones drásticas, que se vio arrastrado por las presiones exteriores y la marcha de los acontecimientos (*The Far Eastern Policy of the United States*).

Tyler Dennett, en una obra en la que analizó la política americana en el Extremo Oriente a lo largo del siglo XIX, y por tanto con una perspectiva a largo plazo, defendió varias consideraciones respecto al interés americano por Filipinas. Primero, que no se puede establecer una relación entre la ruptura de hostilidades con España y la cuestión oriental, excepto en el hecho de que, tanto los disturbios en Cuba como los problemas con las potencias europeas en China—cuestiones ambas que afectaron a los intereses económicos americanos en los dos ámbitos—ocurrieron a un mismo tiempo, justo cuando se observaba una tendencia expansiva del comercio y la economía norteamericana comenzaba a dar signos de recuperación tras la recesión de 1893. Paralelamente, señaló que los oficiales de la Marina americana advirtieron reiteradamente en las últimas décadas del siglo XIX que no tenían ninguna base segura desde la que operar en el área. Ello implicaba que si se desataba una guerra hispano-

norteamericana y Gran Bretaña, Japón y China se declaraban neutrales, los barcos norteamericanos se quedarían sin los puertos en los que habitualmente se refugiaban. No tendrían otro remedio que retroceder a Hawái o, aprovechando el estado de guerra con España, atacar Manila para hacerse con una base naval permanente. Por tanto, según este autor, la acción de Dewey no fue un accidente casual, sino la respuesta a una necesidad estratégica para poder seguir manteniendo una flota en el Extremo Oriente. Con ello disminuirían las fuerzas españolas y sobre todo podrían seguir defendiendo, también en tiempos de guerra, los intereses americanos en este ámbito y en especial en China, asentados a lo largo de todo el siglo.

Según Dennett, no parece que Dewey ni las fuerzas expedicionarias que tomaron Manila tuvieran ningún indicio de que su Gobierno pretendiera adquirir ninguna otra parte de Filipinas. Ésta era la conducta que se había seguido siempre en la política exterior americana—defensa de los derechos americanos adquiridos y de la libertad de comercio y oportunidades, no a la adquisición de colonias—y dados los últimos mensajes de McKinley, nada les hacía pensar lo contrario. Sin embargo, a lo largo del verano del 98, el Gobierno de McKinley fue cambiando gradualmente de posición. Dennett defiende que lo que indujo a McKinley a variar su política fueron las crecientes demandas de las potencias europeas, conocidas a través de los informes de los diplomáticos y autoridades navales y militares americanas tanto en el Extremo Oriente como en Europa. El temor a que naciones rivales intentaran repartirse el mercado chino dividiéndolo en áreas de influencia cerradas, o la amenaza de que cualquier otra potencia se estableciera en las Filipinas si los americanos las abandonaban, hizo que McKinley decidiera retener todo el archipiélago. Las Filipinas significarían una importante base estratégica—ya no sólo naval—desde la que seguir operando en Oriente.

De esta forma, en las instrucciones enviadas a la Comisión de Paz de París el 16 de septiembre, se estableció por primera vez una clara conexión explícita entre la política china y la política filipina de McKinley. Manila se convertiría en el puerto abierto de Estados Unidos, similar a los de las potencias europeas en China, en la llave para el comercio americano en el Extremo Oriente. Dennett concluye su argumentación respecto a las Filipinas afirmando que la actuación de McKinley en 1898 estuvo muy influida por el deseo de defender los derechos americanos en Oriente frente a una agresión europea, lo cual no era un punto de partida nuevo, sino la continuación de una tradición básica en la política americana en Asia y en las islas del Pacífico, áreas en las cuales había ido adquiriendo intereses crecientes: el mantenimiento de la libertad de comercio y la defensa de la integridad de China frente a las presiones exteriores (*Americans in Eastern Asia*).

Por su parte, William R. Braisted escribió una obra centrada en un aspecto poco trabajado: el papel que desempeñó la Marina norteamericana en la construcción de un imperio en el Pacífico. Entre sus conclusiones destaca la afirmación de que antes de la guerra hispano-americana la Armada parecía poco interesada por este ámbito, pero que sin embargo, una vez envueltos en la guerra, sus acciones fueron decisivas.

Apoyaron primero la creación de una flota preparada para defender las posiciones que Estados Unidos pudiera tomar en este área; elaboraron planes de ataque; se hicieron con Manila como punto de partida; presionaron para adquirir bases navales a lo largo del Pacífico que les permitieran desarrollar su labor defensiva; conquistaron Guam; y finalmente demandaron la adquisición de todas las Filipinas para contrarrestar las ambiciones de otras potencias en estos archipiélagos, que hubieran anulado lo conseguido por los americanos, imposibilitando la efectividad de cualquier acción futura en el Extremo Oriente y el establecimiento de los Estados Unidos como potencia territorial en ese área (*The United States Navy in the Pacific, 1897-1909*).

Akira Iriye ha defendido una perspectiva algo distinta de la que estamos acostumbrados a encontrar en la historiografía americana. Así, ha afirmado que en realidad la implicación e influencia de Estados Unidos en China, Japón y Extremo Oriente era bastante escasa, y desde luego mucho menor que la que tenían las potencias europeas. Ha restado valor a los intereses comerciales o financieros en China en los últimos años del siglo XIX, resaltando que hasta ese momento el Gobierno americano los había contemplado como asuntos estrictamente privados, que no obligaban a desarrollar una política positiva en el área, más allá de una vaga defensa de los derechos adquiridos por sus ciudadanos. Sin embargo, al hablar de las razones para la adquisición de las Filipinas, resalta sobre todo tres cuestiones que influyeron a su favor: la existencia de unos excedentes de producción y capital que hicieron que los americanos se interesaran más profundamente por participar en los beneficios que se podrían obtener del mercado chino; la incidencia de los sectores navales, que solicitaron una base estratégica desde la que operar en el área, y en especial desde la que defenderse de un Japón cada día más agresivo; para ello reclamaban también una política diplomática firme y una atención mucho mayor a los problemas internacionales que se desarrollaran en aquel ámbito; y finalmente, las actividades que los misioneros americanos desarrollaban en este ámbito, que agradecerían un apoyo mayor y más constante de su Gobierno, lo cual sería más factible si tenían una base propia en el Extremo Oriente (*Across the Pacific*).

Aunque el interés por este tema nunca decayó, durante unos años el tema de la guerra hispano-norteamericana y la expansión hacia Oriente pareció un asunto un tanto relegado por la historiografía norteamericana. Sin embargo, a fines de los setenta, en los ochenta, y hasta nuestros días empezaron nuevas revisiones historiográficas en torno a cuestiones nunca unánimemente contempladas y en las que se demuestra que el debate continúa. Entre las más recientes, vamos a destacar varias, deteniéndonos en particular en las distintas interpretaciones que ofrecen respecto a si las Filipinas fueron un fin de guerra y la actitud de McKinley frente a este problema.

Richard E. Welch, Jr., en una interesantísima obra publicada en 1979, retomó la cuestión y se volvió a plantear los intereses de los distintos sectores sociales por Filipinas. En relación con este tema las conclusiones de Welch fueron claras. Primero, no hay evidencias de que McKinley deseara hacerse con Filipinas antes de la victoria de Dewey, ni de que hubiera planeado previamente construir un imperio en el Este. La decisión de mandar una escuadra a atacar aquellas islas fue una estrategia bélica

prevista meses antes de que empezaran las hostilidades para disminuir las fuerzas españolas, pero sin ningún objetivo anexionista. La presencia de Dewey en Manila no fue por tanto parte de un gran plan para promover los intereses económicos o estratégicos de Estados Unidos en el Extremo Oriente. Segundo, la decisión de enviar tropas para consolidar la conquista de Manila fue una manera de asegurar que cualquier posibilidad respecto a las Filipinas quedaba abierta. Con ello se veían libres para decidir realmente qué querían hacer con las islas. Por eso mismo, McKinley no quiso pactar con los filipinos ninguna resolución sobre el futuro gobierno de las islas. Así mantendría las manos libres para hacer lo que finalmente considerara más conveniente. Tercero, durante el verano y principios del otoño de 1898, McKinley decidió quedarse con todas las Filipinas. La decisión fue estrictamente suya y tomada gradualmente tras un cuidadoso examen de las ventajas políticas y nacionales que conllevaría. Indudablemente le pesaron las recomendaciones de muchos de sus consejeros, las presiones de determinados grupos, así como la existencia de una opinión pública favorable. Pero lo fundamental fue el temor a que si se retiraban de Filipinas, otras potencias pudieran quedarse con las islas; o que si tomaban sólo Manila o Luzón, las naciones rivales se repartieran el resto de las Filipinas. También pesó la creciente convicción de las ventajas económicas que supondría la retención de estos archipiélagos, no por el valor de las Filipinas en sí, sino por las ganancias que indudablemente obtendrían de estar presentes en los mercados orientales, y en especial en China. Finalmente, incidieron los beneficios políticos que esperaba obtener para él y para su partido a medio plazo si seguía esta conducta (*Response to Imperialism*).

La línea interpretativa de que los archipiélagos orientales no fueron un fin de guerra, que ni siquiera durante el conflicto con España hubo un deseo premeditado por parte del Gobierno de McKinley de anexionarse estas islas, y que la decisión de adquirir las Filipinas se tomó en el último momento, no decayó con los años ni con el análisis de nuevas fuentes. Por contra, siempre ha habido historiadores que han mantenido esta tesis. Conocidos autores mantuvieron que la política seguida en las islas fue consecuencia de la victoria de Dewey en Manila, la cual situó al Gobierno de los Estados Unidos en una coyuntura inesperada, en la que McKinley decidió hacer lo que consideró más justo y conveniente para todos los implicados, incluidos, por supuesto, los filipinos. Quizás el trabajo más significativo en este sentido entre los que han aparecido recientemente, ha sido el de David Trask,<sup>37</sup> autor de uno de los libros más interesantes sobre la guerra hispano-norteamericana, en tanto que maneja una amplia documentación y bibliografía, y establece muy claramente la secuencia e interrelación entre hechos, protagonistas, y escenarios.

---

37. Un historiador encantador, próximo a la Secretaría de Estado, al que me gustaría agradecer la amable acogida que me prestó durante mis investigaciones en los archivos y bibliotecas de Washington, las indicaciones historiográficas que me sugirió y el tiempo que desinteresadamente dedicó a discutir sus tesis con una joven historiadora desconocida para él.

En *The War with Spain in 1898*, Trask defendía que McKinley hasta el último momento fue contrario a la anexión de las Filipinas. Los planes que se hicieron preparando una línea de acción en el Extremo Oriente en caso de una guerra con España fueron meros ejercicios tácticos de academia. La decisión de formar la Escuadra de Dewey y mandarla a Hong-Kong, simples precauciones. El ataque a Manila, una forma de forzar a España a firmar la paz que no implicaba intenciones ni repercusiones posteriores en el ámbito oriental. La decisión final de quedarse con todas las Filipinas respondió al alto sentido del deber y de la responsabilidad que McKinley poseía, pues en contra de sus propias convicciones, tras un viaje efectuado por el país en octubre de 1898 en el cual comprendió que la nación estaba mayoritariamente a favor de la anexión, y después de escuchar los consejos de numerosos expertos, llegó a la conclusión de que ésa sería la mejor solución, la única posible por numerosas razones. Una vez tomada Manila, no podían marcharse de Filipinas y devolver la soberanía de todo el archipiélago a España, que tan mal las había gobernado. Tampoco era posible dar la independencia a los filipinos y dejar el control de las islas en sus manos. No estaban preparados para ello. No podían quedarse únicamente con la isla de Luzón como una base en el Oriente, y ceder el resto a otra potencia o grupo de potencias. Eso iría en contra de los propios intereses americanos en el área y causaría graves problemas internacionales. La única posibilidad entonces, dado el compromiso que ya habían contraído con las islas, era administrarlas hasta que los filipinos fueran capaces de gobernarlas por sí mismos. Y en este sentido, guiado por razones humanitarias y debido a su alto sentido del deber y la responsabilidad, encaminó las negociaciones de paz con España sin hacer ninguna concesión ni considerar otra alternativa (*The War with Spain in 1898*).

Años después apareció un libro en el que se mantenía una tesis totalmente contraria. En 1991 Kenneth Hagan publicó *The Making of American Sea Power*, y en él defendía que McKinley fue un expansionista que aprovechó la guerra para crear un imperio en el Pacífico y dar entrada a los Estados Unidos en el Extremo Oriente. Pero en la obra lo que se subrayaba sobre todo es la influencia y responsabilidad que en este proceso tuvo la Marina, y en especial oficiales como Long, Roosevelt y Dewey.

En uno de los últimos libros aparecidos en torno a la cuestión, *An Unwinnable War. The Diplomacy of the United States and Spain over Cuba, 1895-1898*, Offner llega a varias conclusiones controvertidas. Primero, que la guerra fue inevitable dadas las pretensiones de los tres grupos interesados en el problema de Cuba: los españoles, los cubanos y los norteamericanos. La única solución posible para acabar con la presencia española, restablecer el orden y preparar una Cuba libre era, según este autor, una intervención americana. Segundo, que ninguno de los bandos implicados quería la guerra, pero que por razones de política interna de cada uno de esos países, no hubo otra salida. En este sentido, defendió que el Presidente americano hizo todo lo posible para evitarla, pero que finalmente McKinley y los republicanos decidieron llegar a la guerra porque el pueblo americano era totalmente partidario de acabar con los horrores que los medios de opinión explicaban que ocurrían en Cuba y simpatizaba con la lucha de liberación de este pueblo. El Presidente y su partido no se atrevieron a ir

en contra de la opinión imperante en el país. Hacerlo podía suponer perder las próximas elecciones. De esta forma afirma textualmente que fueron a la guerra para mantener el control de Washington. En este sentido, minusvalora la influencia que pudo ejercer la prensa, puesto que al fin y al cabo, según la interpretación de Offner, los periódicos se limitaban a reflejar hechos ciertos, y fueron los hechos ocurridos y la política seguida por los españoles en Cuba los que soliviantaron al pueblo americano. Tampoco concede excesiva influencia a los círculos de negocios, porque explica que las fluctuaciones en la opinión de estos sectores no coincidieron con los cambios de opinión o de actuación de McKinley. También afirma que, aunque el objetivo por el que se iniciaron las hostilidades fue echar a España del Caribe, la inesperada victoria de Dewey en Manila permitió plantearse una presencia americana en el Pacífico. Y en este tema también es tajante. Esta cuestión no fue un fin de guerra, sino una eventualidad que se presentó por motivos tácticos. Hasta el último momento, tanto McKinley como su Administración estuvieron indecisos respecto a qué hacer con las colonias españolas en el ámbito oriental. Aparentemente nunca quisieron anexionarse la totalidad de Filipinas, aunque sí estuvieron convencidos de la conveniencia de bases navales y de carboneo en este área; asimismo, fueron conscientes de las posibilidades que ello abriría para los Estados Unidos en el Extremo Oriente, y decidieron aprovecharlas y apoyarlas. Por ello, y ante la presión de la opinión pública, retuvieron las Filipinas, tomaron la isla de Guam, anexionaron Hawai, y posibilitaron una política expansionista. Sus acciones demuestran que acabaron identificándose con las pretensiones de los expansionistas.

Como se puede deducir a través de las distintas tesis mantenidas en las muchas obras que hemos revisado, la cuestión de si McKinley y su Gobierno desearon hacerse con las Filipinas desde antes de iniciarse las hostilidades con España en el Caribe, y la de si éste fue un objetivo bélico previamente planificado para posibilitar la presencia de Estados Unidos en el Pacífico y en los mercados del Extremo Oriente desde una nueva e importante base propia que la guerra hispano-norteamericana les permitiría adquirir, es un problema que siempre estará abierto a debate y a distintas interpretaciones. Ha quedado demostrado que con las mismas evidencias unos autores obtienen unas conclusiones y otros otras diferentes. Sin embargo, teniendo en cuenta el conjunto de trabajos aparecidos en torno a la cuestión, puede afirmarse que la historiografía americana parece inclinarse mayoritaria y progresivamente por la imagen de un Presidente McKinley con una política exterior definida, que fue a la guerra siendo consciente de lo que hacía y de lo que podía obtener de ella, tanto en el Caribe como en el Pacífico. Y en ambos escenarios, por una amplia serie de razones de política interior y exterior íntimamente ligadas.

## BIBLIOGRAFÍA

- Allen, H. C. *Great Britain and the United States. A History of Anglo-American Relations, 1783-1952*. London: Odham Press, 1954.
- Auxier, George W. "The Cuban Question as Reflected in the Editorial columns of the Middle Western Newspapers, 1895-1898." Tesis doctoral. Ohio State University, 1938.
- . "Middle Western Newspapers and the Spanish-American War, 1895-1898." *Mississippi Valley Historical Review* XXVI (1940): 528-29.
- Bailey, Thomas A. "America Emergence as a World Power: The Myth and the Verity." *Pacific Historical Review* Feb. 1961: 1-18.
- . *The Man in the Street: The Impact of American Public Opinion on Foreign Policy*. New York, 1948.
- . "The United States and Hawai during the Spanish-American War." 1931. *Essays Diplomatic and Undiplomatic of Thomas A. Bailey*. Eds. Alexander DeConde y Armin Rappaport. New York: Appleton-Century Crofts, Meredith Corporation, 1969.
- Bald, Ralph Deward. "The Development of Expansionist Sentiment in the United States, 1885-1895, as reflected in Periodical Literature." Pittsburgh: U of Pittsburgh, 1935.
- Barcan, Arthur. "American Imperialism and the Spanish-American War." Tesis inédita. New York: Columbia University, 1940.
- Barnes, Harry Elmer. *World Politics in Modern Civilization*. Nueva York, 1930.
- Beard, Charles A. *Giddy Minds and Foreign Quarrels: An Estimate of American Foreign Policy*. Nueva York, 1939.
- . *The Idea of National Interest*. Nueva York, 1934.
- Bemis, Samuel Flagg. *A Diplomatic History of the United States*. Edición revisada. New York, 1936.
- Bishop, B. *Theodore Roosevelt and His Time*. New York, 1920.
- Braisted, William. "The Open Door and the Boxer Uprising." *Threshold to American Internationalism. Essays on the Foreign Policies of William McKinley*. Ed. Paolo Coletta. New York: Exposition Press, 1970.
- . "The United States and the China Development Company." *Far Eastern Quarterly* Feb. 1953: 127-165.
- . *The United States Navy in the Pacific, 1897-1909*. Austin: U of Texas P, 1958.
- Campbell, Alexander E. *Great Britain and the United States, 1895-1903*. Londres: Longman, 1960.
- Campbell, Charles S. *Anglo-American Understanding, 1898-1903*. Baltimore: The John Hopkins P, 1957.
- . *Special Business Interests and the Open Door Policy*. New Haven, 1951.
- . *The Transformation of American Foreign Relations, 1865-1900*. New York, 1976.

- Coletta, Paolo E. "Bryan, McKinley and the Treaty of Paris." *Pacific Historical Review* 26 (1957): 131-46.
- . "McKinley and the conduct of United States Foreign Relations." *Threshold to American Internationalism. Essays on the Foreign Policies of William McKinley*. Ed. Paolo E. Coletta. New York: Exposition Press, 1970.
- . "McKinley, the Peace Negotiations, and the Acquisition of the Philippines." *Pacific Historical Review* 30: 341-350.
- . "The Peace Negotiations and the Treaty of Paris." *Threshold to American Internationalism. Essays on the Foreign Policies of William McKinley*. Ed. Paolo E. Coletta. New York: Exposition Press, 1970.
- Dennett, Tyler. *Americans in Eastern Asia. A Critical Study of United States Policy with reference to China, Japan and Korea in the Nineteenth Century*. New York: Barnes & Noble, 1941.
- Dennis, Alfred. *Adventures in American Diplomacy, 1896-1906*. New York: Dutton & Company, 1928.
- Dulles, Foster Rhea. *America in the Pacific. A Century of Expansion*. Boston: Houghton Mifflin Company, 1938.
- . *America's Rise to World Power*. Cambridge: The Riverside Press, 1955.
- . *China and America*. Princeton, New Jersey.
- . *The Imperial Years*. New York, 1956.
- . *Prelude to World Power: American Diplomatic History, 1860-1900*. New York, 1965.
- Faulkner, Harold U. *American Economic History*. Nueva York, 1924.
- . *Politics, Reform and Expansion, 1890-1910*. Nueva York, 1959.
- Foner, Philip S. *La guerra hispano-cubano-americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano, 1895-1902*. 2 vols. Barcelona: Akal Editor, 1972.
- . "Why the United States went to war with Spain in 1898."
- Gardner, Lloyd C., ed. *A Different Frontier*. Chicago, 1966.
- Gelber, L. M. *The rise of Anglo-American Friendship. A study in World Politics, 1898-1906*. Oxford: Oxford UP, 1939.
- Grenville, John A. S. "American Naval Preparations for War with Spain, 1896-1898." *Journal of American Studies* 2, 1, (1968): 33-47.
- . *Lord Salisbury and Foreign Policy. The close of the Nineteenth Century*. London: The Atholone Press, 1964.
- Grenville, John A. S., & George B. Young. *Politics, Strategy and American Diplomacy. Studies in Foreign Policy, 1873-1917*. New Haven: Yale UP, 1966.
- Griswold, Whitney. *The Far Eastern Policy of the United States*. New Haven: Yale UP, 1938.
- Hacker, Louis M. "The Holy War of 1898." *American Mercury* Nov. 1930: 326.
- Hagan, Kenneth J. *The Making of American Sea Power*. New York: Macmillan-The Free Press, 1991.
- Healy, David. *US Expansionism. The Imperialist Urge in the 1890s*. Madison: U of Wisconsin P, 1970.

- Hobson, J. A. *Imperialism. A study.* Londres, 1934.
- Hofstadter, Richard. "Manifest Destiny and the Philippines." *America in Crisis.* Ed. Daniel Aaron. New York, 1952.
- Holbo, Paul "Presidential Leadership in Foreign Affairs: William McKinley and the Turpie Foraker Amenment." *American Historical Review* Julio 1967: 1321-35.
- Iriye, Akira. *Across the Pacific. An Inner History of American-East Asian Relations.* New York: Harcourt, Brace & World, Inc., 1967.
- James, Leonard. *American Foreign Policy.* Andover, Mass.: Scott, Foresman and Company, 1967,
- LaFeber, Walter. *The New Empire: An Interpretation of American Expansion, 1860-1898.* Ithaca: Cornell UP, 1963.
- Leech, Margaret. *In the Days of McKinley.* New York, 1959.
- Lenin, V. I. *Imperialism: The Highest Stage of Capitalism.* Nueva York, 1939.
- Leuchtenburg, William E. "The Needless War with Spain." *Times of Trial.* Ed. Allan Nevis. New York, 1958.
- Linderman, Gerald F. *The Mirror of War. American Society and the Spanish American War.* Ann Arbor: U of Michigan P, 1974.
- Lodge, Henry C. "Our Blundering Foreign Policy." *The Forum* XIX (1895): 8-17.
- Mahan, Alfred T. *The Influence of Sea Power Upon History.* Boston, 1890.
- May, Ernest R. *Imperial Democracy. The Emergence of America as a Great Power.* New York: Harcourt, Brace and World, 1961.
- . "Imperial Democracy: The emergence of America as a Great Power." *Studies on the Left.* Vol. III. 1963.
- McCormick, Thomas. "A Fair Field and no Favor's: American China Policy during the McKinley Administration, 1897-1901." Tesis inédita. U de Wisconsin, 1960.
- . *The China Market: America's Quest for Informal Empire, 1893-1901.* Chicago: Quadrangle P, 1967.
- . "Insular Imperialism and the Open Door: The China Market and the Spanish American War." *Pacific Historical Review* Mayo 1963: 155-69.
- McDonald, Timothy G. "McKinley and the Coming of the War with Spain." *The Midwest Quarterly* Apr. 1966: 233-35.
- McKinley, William. "Declaración en el Congreso." 11 de abril de 1898. *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States.* 750-60. Washington: Government Printing Office, 1901.
- . "Instrucciones a la Comisión de Paz." 16 de septiembre de 1898. *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States.* 904-908. Washington: Government Printing Office, 1901.
- Miller, Richard, ed. *American Imperialism in 1898. The quest for National Fulfillment.* Nueva York: John Wiley and Sons, 1970.
- . *William McKinley and His America.* Syracuse: Syracuse UP, 1963.
- Merk, Frederick. *Manifest Destiny and Mission in American History.* New York, 1963.

- Morgan, H. Wayne. *America's Road to Empire: The War with Spain and Overseas Expansion*. New York: John Wiley & Sons, 1964.
- Neale, R. G. *Great Britain and United States Expansion: 1898-1900*. Michigan State UP, 1966.
- O'Connor, Nancy. "The Spanish American War: A Reevaluation of its Causes." *Science & Society* Spring 1958: 129-143.
- Offner, John L. "McKinley y el comienzo de la guerra con España." Tesis doctoral inédita. Pennsylvania State U, 1957.
- . *An Unwanted War. The Diplomacy of the United States and Spain over Cuba, 1895-1898*. Chapel Hill: U of North Carolina P, 1992.
- Olcott, Charles S. *Life of William McKinley*. Boston: Houghton Mifflin Company, 1916.
- Perkins, Bradford. *The Great Rapprochement: England and the United States, 1895-1914*. New York, 1968.
- Pratt, J.W. *America's Colonial Experiment: How the United States Gained, Governed and in Part Gave away a Colonial Empire*. Gloucester, Mass.: Peter Smith, 1964.
- . "American Business and the Spanish-American War." *The Hispanic-American Historical Review* 14 (1934): 163-201.
- . *Expansionists of 1898: the Acquisition of Hawaii and the Spanish Islands*. Baltimore: The John Hopkins P, 1936.
- . "The Large Policy of 1898." *Mississippi Valley Historical Review* XIX (1932): 223-32.
- Pringle, E. F. *Theodore Roosevelt. A Biography*. New York, 1920.
- Reid, Whitelaw. "The Duties of Peace." Discurso en la Ohio Society Dinner in Honor of the Peace Commissioners. New York, 25 de febrero de 1899. *Archives du Ministère des Affaires Etrangères*. Nouvelle Serie. Etats Unis, NS 87.
- . "Purport of the Treaty." Discurso en la Lincoln Dinner del Marquette Club. Chicago, 13 de febrero de 1899. *Archives du Ministère des Affaires Etrangères*. Nouvelle Serie. Etats Unis, NS 87.
- Rippy, Fred. "Enthusiasms of 1898." *The South Atlantic Quarterly* 37 (1938): 139-149.
- . *Latin America in World Politics. An Outline Survey*. New York: Alfred A. Knopf, 1928.
- Schlesinger, Arthur M. *The Rise of Modern America, 1865-1951*. New York, 1951.
- Sklar, Martin J. "The N.A.M. and Foreign Markets on the Eve of the Spanish-American War." *Science & Society* Spring 1959: 133-62.
- Trask, David. *The War with Spain*. Washington, 1981.
- Tucker, Rufus S. "A Balance Sheet of the Philippines." *Essays on the History of American Foreign Relations*. Ed. Lawrence E. Gelfand. New York: Holt, Rinehart and Winston, Inc., 1972: 201-15.
- Unger, Irwin. "The New Left and American History: Some Recent Trends in United States Historiography." *American Historical Review* July 1967: 1237-63.
- Van Alstyne, Richard. *The Rising American Empire*. New York, 1960.

- Van Alstyne, Richard. *The Rising American Empire*. New York, 1960.
- Welch, Richard E., Jr. *Response to Imperialism. The United States and the Philippine-American War, 1899-1902*. Chapel Hill: U of North Carolina P, 1979.
- Wilkinson, Marcus M. *Public Opinion and the Spanish-American War: A study in War Propaganda*. Baton Rouge, L.A., 1932.
- Williams, William A. *The Tragedy of American Diplomacy, 1750-1955*. New York, 1959.
- Wisan, Joseph E. *The Cuban Crisis as reflected in the New York Press, 1895-1898*. New York, 1934.
- Young, M. B. *American Expansionism. The Critical Issues*. Boston: Little, Brown and Company, 1973.
- . *The Rhetoric of Empire: American China Policy, 1895-1901*. Cambridge, 1968.